

Rocío Quintanilla López-Tafall



El dolor por España en Dolores Franco, Azorín y Jacinto Bejarano. Reflexiones previas a una edición de *Sentimientos patrióticos o conversaciones cristianas que un cura de aldea, verdadero amigo del país, inspira a sus feligreses* (MADRID, 1791)

Máster Universitario en Literatura Española

Departamento de Filología Española II

(Literatura Española)

Facultad de Filología

Curso Académico 2010-2011

Convocatoria de febrero 2012

PROF. DR. ÁNGEL GÓMEZ MORENO

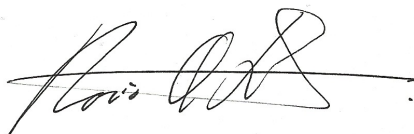
Fecha de defensa; (23/02/2012)

Calificación del Tribunal: 9,5

CARTA DE AUTORIZACIÓN DE PUBLICACIÓN Y DIFUSIÓN DEL TFM

La abajo firmante, matriculada en el Máster Universitario en Literatura Española de la Facultad de Filología, autoriza a la Universidad Complutense de Madrid (UCM) a difundir y utilizar con fines académicos, no comerciales y mencionando expresamente a su autor, el presente Trabajo Fin de Máster: "El dolor por España en Dolores Franco, Azorín y Jacinto Bejarano. Reflexiones previas a un a edición de *Sentimientos patrióticos o conversaciones cristianas que un cura de aldea, verdadero amigo del país, inspira a sus feligreses* (Madrid, 1791)", realizado durante el curso académico 2010-2011 bajo la dirección del Prof. Dr. Ángel Gómez Moreno en el Departamento de Filología Española II, y a la Biblioteca de la UCM a depositarlo en el Archivo Institucional E-Prints Complutense con el objeto de incrementar la difusión, uso e impacto del trabajo en Internet y garantizar su preservación y acceso a largo plazo.

Firmado:

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Rocío Quintanilla', followed by a horizontal line and a period.

Rocío Quintanilla López-Tafall

TÍTULO: El dolor por España en Dolores Franco, Azorín y Jacinto Bejarano. Reflexiones previas a una edición de *Sentimientos patrióticos o conversaciones cristianas que un cura de aldea, verdadero amigo del país, inspira a sus feligreses* (MADRID, 1791)

AUTORA: Rocío Quintanilla López-Tafall

RESUMEN: Este trabajo retoma, a través de un nuevo enfoque, el tema del *ser de España* en la literatura. De la mano de tres autores concretos como son Dolores Franco, Azorín y Jacinto Bejarano Galavís y Nidos se repasa lo que en buena parte se entiende por “dolorido sentir” o “amor a la patria”, que tantas y tantas plumas ha animado a lo largo los siglos. La novedad reside en la incorporación de este último y su obra *Sentimientos patrióticos o conversaciones cristianas* (Madrid, 1791). Esta obra dieciochesca, eslabón obligado de una cadena, será de valor indiscutible para el *pequeño filósofo* alicantino y, tácitamente, para la estudiosa madrileña, que fue mucho más que la mujer de Julián Marías y la madre de unos cuantos eruditos y artistas especialmente dotados. Respecto del primero, Bejarano influye “sinfrónicamente” en sus definiciones de España y en una obra del calado de *Un pueblecito: Riofrío de Ávila* (1916); sin aludir a él una sola vez, Bejarano está tras *La preocupación de España en su literatura. Antología* (1944). Antes de proceder a su edición, que constituirá el epicentro de mi tesis doctoral, he procurado demostrar su importancia en el Siglo de las Luces en atención a su cuidada prosa, su riqueza temática y el pensamiento avanzado de que es reflejo, un enfoque que nada tiene de reaccionario o católico a machamartillo y en el que pesa mucho Feijoo. Mi investigación recupera a Bejarano, ilumina a Azorín y engrandece, yo diría que muy justamente, a Dolores Franco.

PALABRAS CLAVE: Dolores Franco, Azorín, Bejarano, España, Feijoo, Generación del 98, *Un pueblecito: Riofrío de Ávila*, *Sentimientos patrióticos*, *España como preocupación*, Ilustración, “ser de España”.

TITLE: Agony and compassion for Spain in the works of Dolores Franco, Azorín and Bejarano. Some preliminary reflexions on an edition of *Sentimientos patrióticos o conversaciones cristianas que un cura de aldea, verdadero amigo del país, inspira a sus feligreses* (Madrid, 1791).

ABSTRACT: This study reexamines, from a new perspective, the theme of “the Spanish essence” in literature. Concentrating on the works of three specific authors, Dolores Franco, Azorín, and Jacinto Bejarano Galavís y Nidos, I explore what is commonly known as “the sense of suffering” or “the love of one’s country,” themes that countless other writers have touched upon over the centuries. The uniqueness of the present study resides in the inclusion of the latter and his book *Sentimientos patrióticos o conversaciones cristianas* (Madrid, 1791). This 18th century work, an inexorable link in this thematic chain, will prove to be of great value to “the little philosopher” from Alicante, and subsequently to the Castillian writer, Dolores Franco, generally known as the wife of Julian Marías and the mother of several talented artists and writers, but worthy of study in her own right. Bejarano’s sinfronic influence on Azorín is palpable in the latter’s definitions of Spain as well as in one of his more significant works entitled *Un pueblecito: Riofrío de Ávila* (1916). Although never acknowledged, Bejarano’s imprint can be seen also in *La preocupación de España en su literatura. Antología* (1944). Before tackling Bejarano’s text, which will constitute the core of my doctoral thesis, I will first establish the book’s importance in the Enlightenment Period, paying particular attention to its refined prose style, its thematic complexities, and the philosophical thought that it advances, an approach that carries Feijoo’s signature and is anything but dyed-in-the-wool orthodox or reactionary. My research rediscovers Bejarano, shines a new light on Azorín, and acknowledges, and justly so, the contributions of Dolores Franco.

KEY WORDS: Dolores Franco, Azorín, Bejarano, Spain, Feijoo, Generation of 98, *Un pueblecito Riofrío de Ávila*, *Sentimientos patrióticos*, *España como preocupación*, Enlightenment Period, Spanish essence.

*A mis padres que son los
pilares de mi vida, a mis
incondicionales amigos de RI,
y a un ángel que se me
apareció una tarde de verano
de 2010*

ÍNDICE DE CONTENIDO

PALABRAS PREVIAS.....	3
1. El problema de España: la identificación de un problema.....	5
2. Azorín y el noventayochismo: el “dolorido sentir de España”.....	10
3. Azorín entre Larra y los noventayochistas.....	24
4. Azorín bebe en Jacinto Bejarano.....	29
5. <i>Sentimientos patrióticos</i> : modelo, propósito y estructura.....	34
BIBLIOGRAFÍA.....	41

PALABRAS PREVIAS

Lo que aquí ofrezco es una buena parte de la que en el futuro será mi tesis doctoral, en la que presento, edito y anoto profusamente la obra de Jacinto Bejarano, *Sentimientos patrióticos o conversaciones cristianas que un cura de aldea, verdadero amigo del país, inspira a sus feligreses. Se tienen los coloquios al fuego de la chimenea en las noches de invierno. Los interlocutores son el Cura, Cirujano, Sacristán, Procurador y Tío Cacharro*. Consideradas las dimensiones de la obra, publicada en 1791 en dos volúmenes, y la riqueza de su contenido, se entenderá que no me haya atrevido a presentar el primer grupo de notas de que dispongo, las precisas para superar algunos escollos textuales y unas cuantas alusiones inicialmente opacas.

Como trabajo de máster, hago llegar el estudio preliminar a una primera edición de un texto apasionante, diverso y plagado de dificultades, como cualquier lector echa de ver al instante. Como su edición no habría bastado para dar una idea cabal de la importancia y significado del libro de Bejarano, ofrezco una historia del libro que me lleva de la lectura apasionada de Dolores Franco, *La preocupación de España en su literatura. Antología* (1944), con un prólogo de Azorín, a la del propio escritor noventayochista en *Un pueblecito: Riofrío de Ávila* (1916). Si aquélla encargó a éste el emotivo prólogo a su recopilación de autores españoles de los siglos XVI-XX lo hizo por este título concreto, que a su vez queda en deuda con la obra de Jacinto Bejarano, un libro de viejo que dice haber encontrado en sus rebuscas en la Cuesta de Claudio Moyano.

En este caso, sí, puede hablarse propiamente de *impacto*. Azorín quedó impresionado por la calidad de la prosa de Bejarano, su tono patriótico y la extraordinaria riqueza de los datos que reúne. ¿Qué ha podido suceder para que la crítica de Azorín apenas si haya prestado atención a su modelo confesado? Como veremos, los grandes especialistas pasan por encima de la obra de Bejarano sin hacer ruido. La razón de ello es que casi nadie ha logrado ver (no digo *leer*) sus *Sentimientos patrióticos*. Esto es hasta tal punto cierto que no faltan estudiosos que creen y defienden que, tras el hallazgo del libro de Bejarano, no hay más que una estrategia literaria: la misma del *manuscrito encontrado* o *manuscrito hallado* que anima tantos y tantos relatos desde la literatura de antaño a la de nuestros días, que tiene su máxima expresión en el *Quijote*.

En el recorrido que me he trazado (en la tesis doctoral, el introito será necesariamente distinto al que aquí ofrezco), Azorín me ha servido como pauta, dado que nuestra experiencia ha sido la misma: él vio la luz al encontrar por casualidad los *Sentimientos patrióticos* entre los libros de la madrileña Cuesta de Moyano; yo la vi al dar con esa misma obra justo cuando me deleitaba leyendo mi ejemplar de la primera edición de la bella antología de Dolores Franco (*La preocupación de España en su literatura*, de 1944), con prólogo de Azorín, y la contrastaba con la obra de creación de este noventayochista. Me refiero al hallazgo, hace un par de años, en la madrileña Librería de Luis Bardón Mesa de un ejemplar de tan rara y

escurridiza obra, el mismo que servirá de base a mi futura tesis doctoral que cuenta ya con sólidos cimientos.

En lo que sigue, doy cuenta de mi fascinación inicial por la labor de Dolores Franco; de ella, paso a Azorín y su extraordinario relato; sólo al final, pues es el puesto que le corresponde en mi periplo vital, aparece Jacinto Bejarano y su obra, que relaciono con una tradición literaria española y europea que, llegados al siglo XVIII, tiene el primero de sus nombres en Feijoo. Repito que no será éste ni el orden ni el enfoque de mi tesis, aunque en este trabajo de máster ya aparecen muchos de los materiales de que me serviré en ella.

Antes que Bejarano, Azorín y Franco, el problema de España fue un formidable acicate para la pluma de un largo número de escritores; de ellos, al menos de algunos, haré las referencias que me parezcan precisas en las páginas que siguen, en las que creo haber puesto de relieve lo que realmente aportan y lo mucho que aún les falta para convertirse en tesis doctoral. En cualquier caso, a mí me anima mucho contar con un objeto de estudio perfectamente definido.

Doy las gracias al director de este Trabajo de fin de Máster, Prof. Gómez Moreno, por su lectura crítica, como se las doy anticipadamente a los miembros de la Comisión que habrá de juzgarlo por las observaciones que de seguro me harán durante el Acto de Lectura y Pública Defensa.

1- EL PROBLEMA DE ESPAÑA: LA IDENTIFICACIÓN DE UN PROBLEMA

¡Cuántas páginas dedicadas a quejarse de los males de España! Las guerras civiles, que a muchos llevaron a pensar en una inminente segunda ocupación del territorio español por parte de los musulmanes, y otros problemas sociales animaron la redacción de obras cuatrocentistas como la anónima *Consolación de España* o la *Lamentación de España* del Marqués de Santillana. Desde el lado opuesto, el escrito mesiánico, ya se tratase de un poema heroico o de un relato laudatorio en prosa, venía a cumplir una función complementaria. El poema cáustico, en defensa de una bandería (ya se arremeta contra don Álvaro de Luna o contra la alta nobleza y su actuación en la batalla de Olmedo, en las *Coplas de la panadera*), o algunos experimentos en prosa como el *Diálogo de los mudables pensamientos* ahondaron en esa visión negativa que, años antes de la unificación con Aragón, denunciaban la injusticia, el egoísmo o la cobardía de la nobleza castellana.

Primero, Dolores Franco, en *La preocupación de España en su literatura. Antología* (1944); luego su viudo, Julián Marías, en *España como preocupación. Antología* (1980); y, en fecha reciente y en distintos lugares, su hijo, Javier Marías, han ido dando cuenta de la génesis de un bello libro y del ideario que tras él subyace. A poco de terminar la Guerra Civil y con un ambiente trágico, con muertos en todas las familias, perseguidos y estigmatizados en la mayoría, con hambre, mucha hambre, y sin que se viese aún el fin de la Segunda Guerra Mundial, la joven Dolores Franco recordaba que muchos autores de renombre habían clamado por España antes de la pérdida de su hegemonía internacional en la Batalla de Rocroi (1643) y tras firmar la Paz de Westfalia (1648). En su antología, esta estudiosa no creyó necesario ahondar hasta llegar a los textos a que acabo de aludir, en que España es aún Castilla, sino que partió de una época de esplendor, aparentemente sin empañar, y de un nombre que asociamos a pura exaltación nacional cuando, en realidad, abunda en pasajes que dejan ya un sabor agri dulce: Miguel de Cervantes.

Tras este libro, que considero de lectura obligada, y a pesar de las terribles circunstancias que se vivían, no percibo desesperación sin paliativos o fatalismo sin remisión alguna. A mi entender, de él emana una voluntad regeneracionista que no podía sino resultar altamente beneficiosa para España. España podía renacer, sí, si sus hijos encontraban de una vez por todas una empresa común, decididamente constructiva, lo que sólo era posible desde una marcada conciencia histórica de España y lo español. A su modo, muchas voces, vivas y

muertas, habían dicho lo mismo durante los tres años del conflicto e inmediatamente después: José Ortega y Gasset y un José Antonio Primo de Rivera profundamente orteguiano, Ramón Pérez de Ayala y un Julián Besteiro que no obtuvo beneficio alguno por su labor mediadora al final de la guerra, y tantos y tantos otros que pudieron o no volver a España. Recordemos que, por ejemplo, para sumar sus fuerzas a las de otros españoles y poner a España donde merecía, en los años cincuenta regresaron incluso jefes del Ejército Popular de la República tan importantes como Vicente Rojo y Segismundo Casado.

De algún modo, la intelectualidad española (y no sólo Américo Castro, como algunos afirman) se entregó al estudio de la historia de España para determinar su particular esencia y comprobar si era el país maldito que habían dibujado los valedores de la leyenda negra y los partidarios de las tesis de Masson de Morvilliers, el de *Que doit-on à l'Espagne?* En la respuesta a esta pregunta derivada de un repaso histórico, no sólo había soflamas sino una autoflagelación verdaderamente higiénica. De ese modo, Ángel Ganivet, en el *Idearium español*, había dicho ya: «Nuestra historia es una serie inacabable de invasiones y de expulsiones, una guerra permanente de independencia».¹

Esta sentencia y las trágicas y recientes circunstancias que acababan de vivir animaron la pluma de no pocos intelectuales, que prestaron atención al momento histórico en que España deja de ser Hispania o en el que España comienza a verse a sí misma como nación y como país con una identidad geográfica y espiritual unitarias. La tarea era ardua por aquel entonces, y continúa siéndolo, ya que los historiadores, guiados por Américo Castro y Claudio Sánchez Albornoz, ni siquiera hoy se ponen de acuerdo al respecto. Sus respectivas tesis fueron aflorando por esos años, aunque el *opus magnum* del primero, *La realidad histórica de España*, sólo vería la luz algo después, en su primera edición de 1948.

Quienes han seguido y siguen hoy los postulados de Sánchez Albornoz calan hasta la Hispania romana, aunque atienden al período visigodo y a un monarca concreto, Recaredo, que dejó el arrianismo, se convirtió al catolicismo e hizo de su nueva fe la religión oficial de su reino; de ese modo se unificó un *cuerpo político que reunía a pueblos de lenguas, tradiciones e historias nacionales diferentes*.² Este importantísimo hecho histórico lo recoge san Isidoro de Sevilla, el gran vocero e ideólogo de la pujante Hispania visigoda.

¹ Franco, *España como preocupación*, p. 228.

² Pérez, *La leyenda negra*, p. 205, n. 12.

El castrismo y el neocastrismo, éste más o menos heterodoxo, continúan fijando su atención inicial en los Reyes Católicos al unirse, en las personas de Isabel y Fernando, las Coronas de Castilla y Aragón en 1474. Bajo su reinado se dan hechos históricos que marcarán para siempre el rumbo de España. Entre ellos cabe destacar la anexión de Navarra, Canarias y Melilla, el descubrimiento de un Nuevo Mundo y la toma de Granada. España era prácticamente la misma que conocemos hoy, con la Península Ibérica y las Islas Canarias; sin embargo, el concepto de España, como recuerda Joseph Pérez, era en aquel entonces una expresión geográfica delimitada espacialmente por la doble monarquía de Castilla y Aragón.³ Isabel y Fernando fueron los últimos monarcas con raíces exclusivamente hispánicas: la matanza en Villalar de los posibles herederos a la Corona de Castilla y la muerte del hijo de los Reyes Católicos, el Príncipe don Juan, trajeron la dinastía centroeuropea de los Austrias, luego sustituida por la francesa de los Borbones.

En la figura de Carlos V centra su atención otro grupo de estudiosos en su deseo de fijar el orto de España como nación: el César Carlos es, de hecho, el primero que reina, al mismo tiempo, en las Coronas de Castilla y Aragón. Tras la muerte de la Reina Isabel la Católica, Castilla pasa de manos de Fernando el Católico a las de Felipe el Hermoso para, tras su prematura muerte, desembocar en el Cardenal Cisneros como regente. En 1516, muere Fernando el Católico y queda como heredera su hija Doña Juana, supuestamente incapaz para el gobierno de la nación; de ese modo, la estabilidad sólo llegará con la mayoría de edad de Carlos I. Dejadas aparte las controversias sobre su reinado y su modo de actuar, es indudable que el Emperador reforzó la idea de unidad, con el recuerdo lejano de Hispania y el factor cohesionador de la religión católica. Se puede considerar que, bajo el reinado de Carlos I, España poseía bajo un mismo monarca una unidad geográfica, política y religiosa.

También hay quienes creen que España sólo existe desde la llegada al trono de Felipe V, pues sólo él supo imponer un centralismo cohesionador que exhalaba una inconfundible fragancia francesa. Apodado El Animoso, Felipe V tomó las medidas importantes para fortalecer el poder central, en que tan importante papel correspondía a la Corona. De particular importancia fueron los Decretos de Nueva Planta, la división militar del territorio en capitanías generales, la apuesta por formar cuerpos de funcionarios, la delimitación del poder de la Iglesia y las reformas educativas relativas a los estudios universitarios. Aunque su figura y obra son motivo de numerosas controversias, queda claro que, gracias a Felipe V, se

³ *Ibidem*, p. 30.

fortaleció la conciencia de unidad española en términos políticos, culturales y hasta, llamémoslos así, psicológicos.

En fin, hay quien piensa que de España como nación sólo cabe hablar tras la Constitución de Cádiz de 1812. En su texto, aparece por vez primera el concepto *Nación Española*, en su condición de heredera de un legado histórico añorísimo y frente al deseo anexionista de una Francia que pronto fracasará en su deseo de poner de nuevo a toda Europa a las órdenes de un emperador con cuna francesa. De la reacción española era consciente el mismo José Bonaparte. Así lo siente y así se lo hace saber a su hermano: "No me asusta mi posición, pero es única en la historia; no tengo aquí un solo partidario"; "Tengo por enemiga a una nación de doce millones de habitantes, bravos y exasperados hasta el extremo... Todo lo que se hizo aquí el 2 de mayo, es odioso....; No se ha tenido ninguna consideración para este pueblo.... No, señor: Estáis en un error, vuestra gloria se hundirá en España..."⁴

Como queda reflejado tras este breve repaso histórico, el ideal de la vieja Hispania romana, cuna de emperadores, artistas e intelectuales, estuvo presente desde el Medievo más temprano; no obstante, sólo los Reyes Católicos dieron el paso necesario para su recuperación, empresa ésta en la que empeñaron sus herederos en el terreno político y militar; en paralelo, la monarquía española contó con voceros que reforzaron ese ideal y propusieron maneras de preservarlo y potenciarlo. Desde el descubrimiento de América, las fronteras, no obstante, eran otras, como señala Azorín en su revelador prólogo al libro de Dolores Franco: "No limitemos la visión aérea de España. España es la Península y los veinte pueblos americanos".⁵

Creo que no me equivoco al afirmar que *España*, como término y como concepto, es un referente de muy difícil (hasta peligroso, me atrevo a añadir) uso. De seguro, si Dolores Franco hubiese escrito la primera edición de su libro cincuenta o sesenta años más tarde, su enfoque habría sido muy distinto o acaso ni siquiera habría existido como tal. El patriotismo es el sentimiento que anima su libro, donde aún las voces *patriota* o *patria* no han sido estigmatizadas o, al menos, puestas en cuarentena. No podía ser de otro modo, ya que los propios discursos de Azaña, Negrín, como también los de José Díaz o la Pasionaria, se apoyan en tales términos.

⁴ Barthélemy, apartado VII: "José Bonaparte, Rey de España".

⁵ Franco, *Op.cit.*, p. 204.

Sin contaminación política y con honda preocupación, Dolores Franco agavilló su antología y la enriqueció con páginas de clásicos españoles en los que descubría idéntica pulsión. Es, sí, el mismo sentimiento que anima a Cervantes al escribir su poema *La invencible* y a Quevedo en *La voz de alarma o El desaliento*; es el mismo acicate que espolea a Saavedra Fajardo en la *Situación crítica* o a Gracián en *La suerte de España*, que continúa activo en el siglo XVIII con Feijoo y su *confianza en la raza*, con Cadalso y sus cartas con *lágrimas en los ojos*. El amor por España y el dolor por sus males, adquiridos nuevamente o heredados desde tiempos inmemoriales, están detrás de Forner y su agresiva y contundente *Oración apologética*, como se sienten también tras la obra del cura de un pueblo abulense llamado Jacinto Bejarano, que en su forma abreviada conocemos como *Sentimientos patrióticos*, la misma de la que me ocuparé en el cuerpo central de este trabajo de máster y en la tesis doctoral que sus páginas anuncian.

Como hemos de quedarnos en el siglo XVIII, dejaremos fuera a Larra, con su agri dulce *risa y llanto*; a Balmes y su *España enferma*, o a Donoso Cortés y su *ternura hacia la España decaída*; al realismo literario y español, con Valera, Galdós, Menéndez Pelayo o Costa y textos como *La España abierta*, *Soñemos, alma, soñemos*, *Nuevos bríos o el problema del saber español* o *Reconstitución y europeización de España* entre muchos otros. Y luego vendrá lo principal, dada su magnitud: “el dolorido sentir de España,” como lo llama Dolores Franco.⁶

Para entender toda esta emoción, impresa especialmente a lo largo de los últimos cuatro siglos y que surca no sólo la literatura sino el ser español, es inevitable hablar de *España como preocupación* de Dolores Franco. Esta obra es, como afirma Julián Marías, “sin casi pensarlo” y “sin atreverse” a calificarlo su autora, todo un ensayo de razón histórica aplicado al concepto de España.⁷ En él, Dolores Franco, mediante las introducciones a cada época y a cada autor, con una interpretación sin una palabra de más o de menos, recoge los sentires que muchos escritores españoles han tenido sobre la propia España a lo largo de los últimos cuatro siglos, desde Cervantes y los inicios de la preocupación por el ser nacional hasta la Generación del 98. De lo que sigue, sólo incluirá más adelante a José Ortega y Gasset, ya que, juiciosamente, determinó que carecía de la necesaria distancia histórica.⁸

⁶ *Ibidem*, p. 214.

⁷ *Ibidem*, pp. 12-17.

⁸ Los textos de Ortega y Gasset no los introduce la autora en la primera edición de 1944. En ésta tan solo nombra a su maestro dando una explicación hermosísima del valor de la obra del mismo. Ya en 1980, una vez muerta su

Con este legado de Dolores Franco cabe entender la historia de España desde una perspectiva humana y literaria, así como sentir la cohesión y coherencia de unos textos que, fuera de su contexto, perderían buena parte de su interés. Como acertadamente señala Julián Marías, *España como preocupación* es una de esas obras que conviene tener a mano siempre que tratemos el problema de España. A través de estos textos y sus más que acertadas conexiones, obtenemos una visión no tanto política como humana de nuestra identidad como nación, entendiendo que dicha identidad es algo en movimiento: que va transformándose desde el pasado a nuestros días; que va unida a la historia.

2- AZORÍN Y EL NOVENTAYOCHISMO: “EL DOLORIDO SENTIR DE ESPAÑA”

A pesar de lo dicho hasta aquí, la Generación del 98 tiene una importancia enorme, aun cuando, dada la cronología de Bejarano, en principio no se pretenda sobrepasar el siglo XVIII. Si hay una generación literaria o un grupo de autores que pueden explicar con claridad el sentir español a lo largo de su historia pertenecen, y no hay duda de ello, a las filas de los noventayochistas. No es por ello casual que Dolores Franco le encargue un prólogo nada menos que a José Martínez Ruíz, Azorín. Tanto le agrada el encargo que se nos dice que *el poeta renunciaba definitivamente a escribir el prólogo que de él se había solicitado*.⁹ La explicación a tal respuesta tenía una razón de ser bien clara: a Azorín le habría encantado hacer lo mismo que Dolores Franco en lugar de prologar la obra acabada que tenía ante los ojos. El tema era suyo, muy suyo, ya que lo había abordado en varias de sus obras y muy particularmente en una, *Un pueblecito: Riofrío de Ávila* (1916), a la que desde ahora atiendo.

El «dolorido sentir», «amor verdadero hacia la patria», la inquietud por la España del presente y la España histórica le habían llevado a formular preguntas como: *¿Qué pasa con España? ¿Va a sucumbir? ¿Dobla la cabeza como Grecia o Roma en su día? ¿Espera, duerme o sueña? ¿Hay aún salvación?*¹⁰ Entre todas las preguntas posibles, la más importante a ese respecto, especialmente en aquel fatídico periodo que les tocó vivir a él y a los demás generacionistas, es sin duda: *¿Qué es España y cuál su esencia?*

autora, es Julián Marías quien introduce los textos de Ortega relativos a España con un título: “España como problema intelectual”.

⁹ Franco, *op. cit.*, pp. 15-17.

¹⁰ Son las mismas preguntas, pero cambiadas en orden y excluidas algunas, con las que introduce Dolores Franco la Generación del 98 en su obra.

Sin adentrarme mucho en la problemática existencia o no de la Generación del 98, de lo que no cabe duda es de que, en muchos escritores de esa época, hay una honda preocupación por el ser de España. Todos ellos comparten un fuerte patriotismo que despierta dolorido sentir; porque si hay algo que no puede dudarse es que todos, sin excepción, fueron patriotas y todos, a su vez, compartieron un momento histórico de la vida de España. Las palabras de Azorín respecto del asunto que aquí interesa son las que mejor definen el concepto generacional:

*Aquí en el viejo solar, no alejados de él, nosotros sentimos los dolores de España; sus angustias son nuestras angustias; sus tragedias están hechas con nuestra sangre; con nuestro sudor regamos los campos de donde sale el mantenimiento para todos; íntimamente maldecimos las causas funestas que se oponen a su prosperidad, y desde lo más hondo de nuestro ser anhelamos para ella – la noble y extenuada madre- días de bienandanza, de paz y de progreso.*¹¹

De acuerdo con Ramón J. Sender, *junto a los más representativos nombres (Miguel de Unamuno, Azorín, Antonio Machado, Pío Baroja, Valle Inclán) podemos destacar los de Menéndez Pidal, Ángel Ganivet, Ramiro de Maeztu, Jacinto Benavente, Ignacio Zuloaga, Manuel Machado y los hermanos Álvarez Quintero. De entre los más jóvenes cabría destacar al novelista Gabriel Miró y a Juan Ramón Jiménez, quien será gran maestro y mentor de algunos de los grandes autores de la posterior Generación del 27.*¹² Dichos autores comparten, con las diferencias propias de su individualidad, una preocupación; una preocupación que es amor; un amor que es España. Si bien no estoy de acuerdo con la opinión de Laín Entralgo cuando dice que todos ellos *amaban a una España distinta de la que contemplaban*¹³, sí lo estoy en que *todos ellos amaban a España y a su cultivada condición de españoles.*¹⁴

Como dije anteriormente, este grupo de intelectuales vive intensamente un año vital de la historia España: 1898. Gracias a Joseph Pérez, poseemos una visión acertada de aquellos años y de los problemas a que hubieron de enfrentarse todos los pensadores integrados luego en la Generación del 98. Según él, para entender la España de ese momento histórico hay que tener en cuenta un aspecto fundamental: la conciencia de que, desde la Paz de Westfalia, las cosas fueron a peor, particularmente a lo largo del siglo XIX. Ésa, y no otra, era la herencia recibida, que explicaba un estado de cosas tan lamentable como el que percibían en el siglo que estaban viviendo ya: el siglo XX.

¹¹ Azorín, *Los valores literarios*, p. 299.

¹² Sender, «La generación del 98», p. 1.

¹³ Laín Entralgo, *España como problema*, p. 445.

¹⁴ *Ibidem*, p. 446.

Por aquel entonces la sociedad española buscaba una razón para entender por qué España había pasado de ser un imperio a una nación de segundo orden. Esta pesquisa quedaba traducida en la palabra *decadencia*, tan importante en aquella época. Joseph Pérez lo rememora de esta forma:

Para los liberales- los de 1808- España se apartó de la vía que debería haber propiciado su consecución de instituciones comparables a las de Inglaterra y Francia. Para ellos esa tradición democrática fue respetada por todos los soberanos españoles, incluidos los Reyes Católicos, como lo recuerda la biografía de Diego Clemencín [...].

Fue el primer Habsburgo, Carlos V, en quien recayó la responsabilidad de haber introducido el despotismo en España, germen de la decadencia. Felipe II continuó por esa vía. El padre había suprimido las libertades castellanas en Villalar en 1521, el hijo suprimió las libertades aragonesas en 1591, cuando mandó decapitar al justicia Lanuza, custodio de los fueros de Aragón. Aceptaban las críticas de la Europa ilustrada pero había sido impuesta a España por una dinastía extranjera que violentó una tradición de varios siglos.

Los conservadores, por el contrario, rechazaban esos puntos de vista. Son dos los pensadores en particular que se esforzaron por dar coherencia a sus ideas: Balmes y Donoso Cortés [...] Uno de los temas esenciales de su pensamiento fue la estrecha vinculación que estableció entre la religión, por una parte y, por otra, las costumbres y las instituciones [...] la religión era la institución primordial que fundaba toda civilización, idea que había de chocar a los liberales, bastantes anticlericales.¹⁵

Dividida España en dos, como apunta Larra en sus *Dos Españas*, y motivados especialmente por un pasado tan glorioso como triste –pérdida de las colonias americanas, pérdida de los territorios europeos, consecuencias de la guerra contra Francia (1808-1814), traición de Fernando VII, epidemias, hambre...– la España del siglo XIX se mostraba literalmente hundida. El sentimiento de insatisfacción, de postración y de búsqueda desesperada de una solución explican la historia del país desde el año 1868, como recuerda Joseph Pérez:

[...] se presenció, tras el exilio de los Borbones, una sucesión de regímenes: monarquía parlamentaria, república unitaria, república federal, hasta que un golpe militar impuso el regreso de los Borbones... La Restauración de 1875 originó nuevas disputas que fueron el origen directo de las divisiones de la España del siglo XX: dictadura de Primo de Rivera, República, Guerra Civil, régimen del general Franco.¹⁶

¹⁵ Véase *La leyenda negra*, cap.: “Liberales y conservadores”, pp. 153-154.

¹⁶ *Ibidem*, p. 150.

Es el caldo de cultivo de los hombres del 98, cuyos escritos, además de «decadencia», nos hablan, desde su acendrado patriotismo y dolorido sentir, de “regeneración”. Con razón afirma María Eugenia Domínguez que los noventayochistas heredan de Larra su *irritada melancolía, el estilo directo, tenso, sin rebuscamientos y esa preocupación nacional tan marcada en él así como su constante sobriedad literaria*.¹⁷ Todos ellos, como apunta Dolores Franco, compartirán una misma angustia, que lleva a reflexionar sobre la identidad nacional en una época de profunda crisis. Hablemos, aunque sucintamente, de cada uno de ellos, pues el presente trabajo no sólo consiste en la edición de un autor dieciochesco sino en la historia de un libro *ab ovo*, que, en abierta paradoja, exige una revisión a la inversa: la que lleva de Dolores Franco a Azorín y de éste a Bejarano.

Ángel Ganivet, antaño más que hoy considerado el precursor del 98, trata el tema de España desde la angustia nacional, ese sentimiento que, según Dolores Franco, antes «fue de Quevedo a Cadalso y de Cadalso a Larra». ¹⁸A él le toca vivir los antecedentes de la guerra hispano-norteamericana; en sus páginas se esfuerza en encontrar las causas del sempiterno malestar español y en hallarle algún remedio. El problema acaso sea el individualismo de los españoles, justificado por el propio pasado histórico de la nación. El *espíritu español* —en palabras suyas— es *tosco, informe al desnudo*, lo que explica que español, más que un *pueblo militar*, sea un *pueblo guerrero*, donde el orden importa menos que su *espíritu de territorio*, siempre rudo y siempre individual. Como queda reflejado en nuestra misma literatura, vivimos con un fuerte *amor a la independencia, que nos lleva a no hacer caso a nadie, a lo sumo a proceder por espíritu de oposición y luego a no hacer caso de nosotros mismos, a trabajar sin reflexión y a exponernos a los mayores fracasos*. Porque el espíritu español es aquel que *no conquista cuando tiene exceso de fuerzas; España conquista sin fuerzas, precisamente para adquirirlas*.¹⁹

Ganivet piensa que España empezó a decaer en tiempos de Carlos II. Por esos años, España semeja *una ballena muerta flotando en el mar e interceptando el paso a los navegantes*. La nación se hunde, pero al español sólo se le ocurre activar su espíritu de conquista: buscar fuerzas en el exterior, con nuevas conquistas y territorios, que transforman el propio país en *un cuartel de reserva, un hospital de inválidos y un semillero de mendigos*. El problema,

¹⁷ Domínguez, «Larra y la Generación del 98», p. 447.

¹⁸ Franco, *op. cit.*, p. 227.

¹⁹ Todas estas letras en cursiva y las que siguen bajo su nombre, hacen referencia a *Idearium español*, que Ganivet va desglosando a lo largo de su libro y se recogen luego en *España como preocupación*.

paradójicamente, no mengua sino que se magnifica en un dilatado, vastísimo espacio geográfico.

Orgullosos y vanidosos se lanzan los españoles sin fuerzas a conquistar el mundo, a conquistar las tierras que el propio destino y la casualidad les ponía a sus pies. Pero el problema es que todavía España no había tenido tiempo para sí misma, para pensar en ella, para concentrarse en su propio territorio y buscar su identidad. Y esta fue la razón que llevó a España a caer y un problema que llevó, o incluso lleva arrastrando la nación, a lo largo de varios siglos. Para el granadino, no obstante, *la restauración de la vida entera de España no puede tener otro punto de arranque que la concentración de todas nuestras energías dentro de nuestro territorio*. Para él, hay que *cerrar con cerrojos, llaves y candados todas las puertas por donde el espíritu español se escapó de España para derramarse por los cuatro puntos del horizonte y por donde hoy espera que ha de venir la salvación; y en cada una de esas puertas no pondremos un rótulo dantesco que diga “Lasciate ogni speranza”, sino otro más consolador, más humano, muy profundamente humano, imitado de San Agustín: “Noli foras ire: in interiore Hispania habitat veritas”* (‘No vayas fuera. En el interior de España habita la verdad’). Añade a esta medida la necesidad de sacrificar las convicciones teóricas individuales por un estado de derecho fijo, indiscutible y por largo tiempo inmutable. Todos los españoles, como una sola persona, necesitan trabajar por el bien del país; para ello, hay que determinar antes sus verdaderas necesidades y los medios de que se dispone.

Unamuno, aunque un año mayor que Ganivet, se dio a conocer públicamente un año más tarde, como recuerda Díaz Plaja.²⁰ Dolores Franco considera a Unamuno *el gran meditador de los hombres del 98*, y no le falta razón.²¹ Él, el más viejo de su grupo, aporta una visión no tan pasional como Machado o Baroja sino más reflexionada y tranquila. Busca igual que el resto de sus coetáneos ahondar en la identidad del ser español. Busca, a través de la historia y de la geografía, al ser español, al inmutable, al que da forma a ese concepto unamuniano de *intrahistoria*, y encuentra su origen a partir de Castilla:

El caso fue que Castilla paralizó los centros reguladores de los demás pueblos españoles inhibiéndoles la conciencia histórica en gran parte; les echó en ella su idea, la idea del unitarismo conquistador, la de la catolización del mundo y ésta se desarrolló y siguió su trayectoria

²⁰ Domínguez, *op.cit.*, p. 444.

²¹ Franco, *op.cit.*, p. 243.

*castellanizándolos. Y de los demás pueblos españoles brotaron espíritus hondamente castellanos, «castizamente» castellanos, de entre los cuales citaré, como ejemplo, a Íñigo de Loyola, un vasco...*²²

Unamuno no percibe esta castellanización como un problema sino como algo intrínseco en nuestra historia; él mismo afirma que *si Castilla ha hecho la nación española, ésta ha ido españolizándose cada vez más, fundiendo más cada día la riqueza de su variedad de contenido interior, absorbiendo el espíritu castellano en otro superior a él más complejo: el español.*²³

De esta forma Unamuno no apuesta por una España castellanizada sino por una Castilla españolizada en la que caben todos los españoles. La España espiritual ha investido a nuestro hombre de un fuerte individualismo. En algunos casos, ese individualismo nos ha hecho más fuertes e independientes, dos rasgos que algunos tienen por verdaderas señas de identidad españolas. Así, Unamuno, en respuesta a Baroja, dice que *una de las cosas más tristes para España sería que los españoles pudiésemos volvernos frívolos y joviales como nuestros vecinos franceses; si siguiésemos esa derrota, dejaríamos de ser españoles para no ser ni europeos siquiera* porque perderíamos nuestra identidad y nuestra esencia.²⁴ Esto no significa que España haya de permanecer fuera de Europa. Ya Larra veía la importancia de las relaciones de España con el resto del Continente. Ya sabemos que Unamuno dirá: *¡Fe, fe en la espontaneidad, fe en que siempre seremos nosotros y venga la inundación de fuera; la ducha!*²⁵

Ese reencuentro con Europa era crucial. Unamuno consideraba que el país tenía muchas posibilidades para prosperar: de detectar nuestros errores y corregirlos, aunque no sólo. Baste recordar aquí su controvertido *¡Qué inventen ellos!*, donde deja claro que la ciencia no es el único medidor de la valía y el avance de un país; ni siquiera el más valioso.²⁶ Baste rememorar toda una Edad Media, un Renacimiento y un Barroco; baste acordarse de un

²² Unamuno, *En torno al casticismo*, p. 69.

²³ *Ibidem*, p. 66.

²⁴ Franco, *op. cit.*, p. 263.

²⁵ *Ibidem*, p. 257.

²⁶ Esta frase de Unamuno fue sin duda muy polémica. La utilizó, como recuerda Joseph Pérez en su *Historia de España* (p. 504, n. 13), en respuesta a algunos intelectuales extranjeros que se referían a la «barbarie española». Ante esta injusticia, Azorín contestó en *ABC* con «Banda de histriones». Unamuno felicitó a Azorín con las siguientes palabras: «Bien. Muy bien. Hora es de reaccionar. Son muchos aquí los papanatas que están bajo la fascinación de esos europeos. Hora es ya de decir que en no pocas cosas valemus tanto como ellos y aun más... Dicen que no tenemos espíritu científico. ¡Si tenemos otros! Inventen ellos y lo sabremos luego y lo aplicaremos».

Feijoo, de un Jovellanos o de un Cadalso para calibrar el potencial español. No todo ha de ser autocrítica, a la manera de esos *despreciadores sistemáticos de lo castizo y lo propio*.²⁷

Destaca en la nación, dice Unamuno, algo que muchos antes que él ya enfatizaron, a saber, la *amencia quijotesca* y la *incultura*, que, junto con la desesperación impaciente y el individualismo, engendran otros problemas como son la envidia y el dogmatismo. Ante esto propone más conocimiento cultural y personal de lo que ha sido y es España a lo largo del tiempo y una europeización a partir de nuestra identidad española. Miguel de Unamuno es prueba del resultado de sus convicciones. Célebre es su autodefinición como *español de nacimiento, de educación, de cuerpo, de espíritu, de lengua y hasta de profesión y oficio*.²⁸

Pío Baroja nace en el decenio siguiente, por lo que forma parte de la segunda promoción establecida por Díaz Plaja. El *dolorido sentir* español está en plena ebullición. Heredero en gran medida del realismo, Pío Baroja es considerado *el narrador de la Generación del 98*. Bajo su pluma *recrea el ambiente de la vida española con una agudeza deprimente y desconsolada*.²⁹ Por esta razón, muchos de sus coetáneos y no tan coetáneos tacharon al autor de antipatriota, a lo que contestó: *Yo parezco poco patriota y, sin embargo, lo soy... Tengo normalmente la preocupación de desear el mayor bien para mi país, pero no el patriotismo de mentir*. Para él el patriotismo *es o debe ser la verdad nacional, calentada por el deseo del bien y por la simpatía*.³⁰

Baroja, a diferencia del resto del grupo, nos ofrece posiblemente la mirada más pesimista y crítica de España. El escritor, como ese maestro duro y agresivo pero exigente y esforzado que todos han tenido en algún momento, quiere para España lo mejor, y su personalidad le lleva a criticar su país ferozmente para mejorarlo. Para Baroja, al igual que se ha visto en Unamuno, la identificación española queda fuertemente marcada con la llegada del español a América. El azar histórico que juntó en un mismo año la reconquista de nuestro territorio con la expansión a un Nuevo Mundo afectó para siempre el ser español a lo largo de la historia. España, en su opinión, todavía no estaba preparada para tal encuentro. Llevaba demasiado tiempo sometida a manos extranjeras y acababa de redescubrirse nuevamente como propietaria de su propia nación. Para Baroja, es *como algunas de las iglesias de nuestras viejas ciudades: un párroco mandó cerrar una puerta, otro cubrió con yeso unos angelotes*

²⁷ Franco, op.cit., p. 245: de *En torno al casticismo*, cap. I: “La tradición eterna”.

²⁸ Unamuno, *Niebla*, p. 265.

²⁹ Franco, op.cit., p. 267.

³⁰ Laín Entralgo, op.cit., p. 447.

*porque eran inmorales; el que le siguió cerró una capilla con un altar, se tapiaron las ventanas, se abrieron otras y al ver ahora la iglesia no se puede uno figurar su forma primitiva.*³¹

Por esta razón, para el escritor donostiarra, la búsqueda de nuestra identidad debe empezar en el conocimiento de nosotros mismos: en nuestro pasado; en lo que nos une a lo largo del tiempo y sustancialmente nos lleva a ser y considerarnos españoles. Se vale para ello de sus ficciones y sus ensayos, en los que parte a sus personajes, siempre individuales, en dos estratos: *el estrato superficial, visible de las personalidades brillantes y los grandes sucesos, y el profundo popular de las oscuras acciones cotidianas.*³²

En sus novelas, ambientadas en tiempos presentes o pretéritos, los personajes son siempre los mismos, con sus vicisitudes cotidianas, menudas; son esas historias de siempre que, como recuerda Dolores Franco, evocan *el mundo y la sociedad españolas como Galdós; y los poblados y los caminos como Azorín o Machado.*³³ El extraordinario Baroja, a través de sus novelas, busca presentar al lector la vida española con el fin de mejorarla, o al menos darla a conocer, pues uno de los grandes problemas de España es precisamente *la falta de un sentimiento patriótico natural, biológico.*³⁴ Sin ese patriotismo, sin ese amor que cada integrante de una nación necesita para el desarrollo de su país, es imposible el progreso, ya que no se puede amar lo que no se conoce; y si se hace, se hará con tal falta de responsabilidad que no será útil. Así muchas veces el lector de las novelas barojianas solo respira pesimismo, cuando en el fondo hay un deseo por encarrilar las cosas.

Baroja, no obstante, ve difícil eso que se llama «regeneración» debido al carácter rendido de España. Como él dice, a pesar de que los españoles se dan cuenta de su retraso respecto a Europa central y noroccidental en algunos ámbitos, éstos, desgraciadamente, *no intentan consolarse con frases retóricas como sus abuelos ni se entristecen al ver su impotencia de remediar el mal rápidamente como sus padres.* No por ello, *aunque racionalmente tenga uno la sensación un poco pesimista del porvenir próximo, expresa el autor siempre se espera algo,*

³¹ Franco, *op.cit.*, p. 269: de *Vieja España, patria nueva*, cap.: “El tablado de Arlequín”, p. 63-65 y 73.

³² Laín Entralgo, *La generación del 98*, pp. 323-324.

³³ Franco, *op. cit.*, p. 267.

³⁴ Baroja, *Rapsodias*: «La formación psicológica de un escritor», Discurso de ingreso en la Academia Española, pp.79-84.

*y aunque las experiencias del pasado no hayan sido agradables, la esperanza se levanta, como las alondras al sol en los campos agostados, a la luz clara y penetrante de la mañana.*³⁵

A Maeztu se le suele situar ideológicamente en distinto lugar, aunque en realidad es mucho más lo que une que lo que separa a los noventayochistas. En su esfuerzo por desentrañar las esencias de España y lo español, se hizo preguntas como éstas:

*¿Qué somos hoy, qué hacemos ahora, cuando nos comparamos con aquellos españoles que no eran ni más listos ni más fuertes que nosotros pero creaban la unidad física del mundo porque, antes o al mismo tiempo, constituían la unidad moral del género humano, al emplazar una misma posibilidad de salvación ante todos los hombres, con lo que hacían posible la Historia Universal que hasta nuestro siglo XVI no pudo ser sino una posibilidad de historias inconexas? ¿Podremos consolarnos de estar ahora tan lejos de la Historia, pensando que a cada pueblo le llega su caída y que hubo un tiempo en que fueron también Nínive y Babilonia?*³⁶

Maeztu se dirige a los lectores de todos los tiempos, desde París, La Habana o Londres. El emocionado literato exige en sus escritos, por encima de todo, una lucha, porque *en nuestras almas de hombres habla la voz de nuestros padres, que nos llaman al porvenir por que lucharon.*³⁷

Para Maeztu, que no sólo ha visto sino vivido la guerra de cerca, es el español quien debe responsabilizarse del porvenir que está en sus manos. Debe conocer el pasado y con el pasado aprendido buscar mejorar el presente y fortalecer con ello las esperanzas de un futuro. El ensayista no hace sino pedir al español que le duela España, que la sienta, que piense en ella como la cuna que un día mecerá a sus futuros hijos y de la que él y otros tantos coetáneos ya forman parte y condicionan para su mejora o su empeoramiento.

Recupera Maeztu para el español una curiosa y original visión de la historia del ingenioso hidalgo don Quijote, alma de España, que no podemos olvidar:

No hay sino eliminar al héroe de la novela y no dejar más guerra que al cura, al barbero, al bachiller, a Sancho, su mujer y su hija y demás personajes secundarios de la obra. Todo lo que hay de ideal se encuentra en una figura única, símbolo de la realidad histórica, porque el alma de España se concentró entonces en sus hidalgos y en sus órdenes religiosas. El resto del país vivió como sin alma, dejó pasar los días y los años y vio desfilar la historia en torno suyo como los pueblo de Oriente

³⁵ *Ibidem*, pp. 85-87.

³⁶ Maeztu, *Defensa de la hispanidad*, p. 75.

³⁷ Franco, *op.cit.*, p. 336: de *Defensa de la hispanidad*, cap.: “Preludio”, pp. 24-29.

*contemplaron el paso de las legiones romanas, en los versos de Mateo Arnold, para volverse a ensimismar en sus pensamientos.*³⁸

Llama por tanto a un resurgimiento. Para ello considera necesario buscar un ideal, pues la historia de don Quijote sin el protagonista tal cual él es no sería una historia española; del mismo modo, sin su contexto y el contexto de Cervantes, se perdería todo lo mucho que tiene mucho que ver con el mismo ser de España: *el consolarse y reírse de sus desventuras, que creyó se engendraron en excesivas ilusiones [...] en una España de aquel tiempo, también fatigada, a consecuencia de la labor heroica, abnegada y excesiva de todo el siglo precedente.*³⁹ Pide, por tanto, buscar con fe un ideal nacional. Y aunque ve que la España de 1898 está *desnacionalizada*, lucha ferozmente, desde la política y la literatura, por transformarlo todo. Para el autor, *el nacionalismo se funde en la tradición –y apenas es concebible un nacionalismo que no busque sus raíces en la Historia. Tiene que ser en la España universalista, porque ese es el sentido de toda nuestra historia.*⁴⁰

Gran luchador, hombre esforzado y europeísta como el resto de sus compatriotas buscó una visión siempre más allá de España, universalista y panhispánica. Su fórmula consistía en una recuperación del sentimiento cristiano que devolviese su perdida unidad a la patria.

¿Y qué se puede decir sobre Antonio Machado? Como afirma Laín Entralgo, *Azorín ha sido inventor y abogado de su propia generación. Antonio Machado, su poeta.*⁴¹ En principio, su canto patrio tiene como objeto primero su tierra andaluza. A ella dedica *Soledades*, con recuerdos de la infancia, de su casa, del color *blanco*, del *limonero*. En estas tierras, llenas de *naranjos encendidos* que amalgaman *la alegría infantil de los colegiales* con las calles viejas, Manuel Machado comienza a soñar con España. Allí, en Sevilla, entre *el perfume de la hierbabuena* y la *albahaca*, sueña Antonio Machado con una renovación de España.

Cuando descubre *Castilla*, en sus años de juventud, se encuentra con el reflejo de lo que fue España. Su magnitud le estremece e impulsa a escribir cuatro versos que resumen nuestra historia nacional:

*Castilla miserable, ayer dominadora,
Envuelta en sus andrajos, desprecia cuanto ignora.
¿Espera, duerme o sueña? ¿La sangre derramada*

³⁸ *Ibidem*, p. 332: de *Don Quijote, Don Juan y la Celestina*, pp. 70-77.

³⁹ *Ibidem*, p. 330: de *Don Quijote, Don Juan y la Celestina*, cap.: “Don Quijote y España”.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 342: de *Defensa de la Hispanidad*, cap.: “El ser de la Hispanidad”, pp. 278-279.

⁴¹ Laín Entralgo, *España como problema*, p. 541.

*recuerda cuando tuvo la fiebre de la espada?*⁴²

En estos cuatro versos, que envuelven grandeza y desgracia, orgullo y postración, se pregunta el poeta, al igual que todos sus coetáneos noventayochistas, sobre el porvenir del país. Sus notas rezuman una tristeza resignada ante un pueblo rendido al tiempo.

Recuerda entonces a su pueblo la fugacidad de la vida y la importancia del presente; *Hoy dista mucho de ayer. ¡Ayer es nunca jamás!*⁴³, evocando quizás la importancia de un cambio necesario. Porque Antonio Machado, a pesar de esos *borrachos que apestan la tierra*, a pesar de ese *pequeño, ágil (y) sufrido* hombre soriano, a pesar de esa *España* que se le presenta en muchos casos *de charanga y pandereta... devota de Frascuelo y de María*, quiere cambiar. A veces se expresa con un lirismo desgarrador; otras, con tono esperanzado. España lo es todo, con sus *tierras tristes, tan tristes que tienen alma*.

Y la hace suya cuando abandona la patria para transformarla en *mi patria*, aquella que le vio nacer que, aunque llena de vacías cabezas españolas, es suya y forma parte de él. Poco a poco principia a brotar en el escritor sevillano una esperanza por esa tierra de *espinos y rocas*; todas ellas *tierras pobres, tierras tristes*, pero *tierras* suyas de su patria. Sueña Machado con una nueva España mejorada.⁴⁴ La España que *muere y bosteza* hoy quiere brotar, le dice a *Azorín*, mientras a todos los españoles les lanza un grito más fuerte, más implacable. ¡A luchar!, les dice, ¡a luchar por un nuevo día y para abrir una nueva página de nuestra historia!:

*¡Qué importa un día! Está el ayer alerta
al mañana, mañana al infinito,
hombres de España, ni el pasado ha muerto,
ni está el mañana – ni el ayer- escrito.*⁴⁵

Llegamos a dos hombres que dieron la idea y el cuerpo de una nueva forma de expresión y de entender el ser de España: José Augusto Trinidad Martínez Ruiz, y su filósofo *Azorín*, y Ramón Menéndez Pidal, de quien me ocuparé antes por adelantarse a los demás noventayochistas en muchos sentidos. Cuando habla Martínez Ruíz acerca de la Generación del 98 en el diario *ABC* resalta de sus compañeros noventayochistas una preocupación por España; una Generación que *ama los viejos pueblos y el paisaje... los poetas primitivos (Berceo, Juan Ruíz, Santillana)... se esfuerza... en acercarse a la realidad y en desarticular*

⁴² Machado, *Campos de Castilla*: en «*A orillas del Duero*».

⁴³ Pertenece a los dos primeros versos del poema «*Consejos*» de Machado. Las siguientes palabras en cursivas son palabras de Machado que he ido recogiendo a lo largo de mis lecturas por parecerme importantes y evocadoras.

⁴⁴ Idea inspirada de *Azorín*, recordada por Laín Entralgo, *España como problema*, p. 548.

⁴⁵ Entralgo, *España como problema*, p. 489: de Antonio Machado, *Poesías Completas*, p. 113.

*el idioma, en agudizarlo, en aportar a él viejas palabras, plásticas palabras... entre muchas otras ideas.*⁴⁶

Jon Juaristi ha dicho de don Ramón que *no fue un nacionalista deprimido ni belicoso. No necesitó serlo: español y liberal de una pieza.*⁴⁷ Carlos Dardé escribe acertadamente que *en toda su obra hay, no sólo una afirmación de España, sino un profundo sentimiento nacional español y el deseo de contribuir a su mejora, a su regeneración.*⁴⁸ A él y a Azorín se les debe la “invención” de Castilla. En este sentido, la labor filológica de Menéndez Pidal resultó determinante.

Siempre incansable y activo, y por eso mismo optimista, de él dice Dolores Franco que *supera desde el primer momento el negativismo y el desaliento para dedicarse a encontrar valores y dejarlos incommoviblemente afirmados en su estudio interpretativo.*⁴⁹ Su idea primera es que, *reconociendo necesario el entronque con el pasado, (hay que) busca(r)[n] la verdadera tradición española, no en sus manifestaciones particulares de los siglos áureos – como generalmente se suele hacer- sino en los hondos penetrales del alma popular donde toda construcción duradera ha de asentar sus cimientos como roca viva.*⁵⁰ Y así lo hace. *Con los procedimientos científicos alemanes parte a hacer toda la historia de nuestra lengua y de los primeros tiempos de nuestra literatura.*⁵¹ Gracias a este filólogo e historiador gallego y a sus continuadores en su tarea recopiladora por él ilustrada poseemos un conocimiento de nuestra tradición que, de otro modo, se hubiera perdido.

En ese periodo de crisis, de realidad dividida política y socialmente, Menéndez Pidal propone ir un paso más allá, buscar una idea, una identidad, unas peculiaridades que permitan un futuro en el que seamos capaces de convivir todos. Él es quien escribe que *la comprensiva ecuanimidad hará posible y fructífero a los españoles convivir sobre el suelo patrio, no unánimes, que esto ni es posible [...] ni es deseable, pero sí aunados en un anhelo común hispánico[...]. Confraternados en los grandes e inmediatos designios colectivos, concordes en instaurar la selección más justiciera, sin acepción de partido, acortarán las depresiones e interrupciones en la curva histórica de nuestro pueblo, y acabarán al fin con tantos bandazos*

⁴⁶ Azorín, *Clásicos y modernos: La generación del 98*, pp. 254-255.

⁴⁷ Juaristi, *ABC*, p. 6.

⁴⁸ Dardé, «La idea de España en los tomos de la *Historia de España* dirigidos por Ramón Menéndez Pidal...», p. 212.

⁴⁹ Franco, *op. cit.*, p. 345.

⁵⁰ Dardé, *op. cit.*, p. 212.

⁵¹ Franco, *op. cit.*, p. 345.

*de la nave estatal, para tomar un rumbo seguro hacia los altos destinos nacionales.*⁵² Lo que propone es el conocimiento de nuestro pueblo a partir de nuestro pasado, de nuestra literatura, de nuestra sociedad, de los elementos que nos caracterizan y nos hacen ser quienes somos; de los aciertos históricos y los fracasos, con el fin de crear una idea de nación mutable pero esencialmente española, en la que quepan todos.

Para don Ramón, *el pueblo español, con características propias y específicas existe desde tiempos muy remotos*. La búsqueda, inexorablemente, nos devuelve a los orígenes.⁵³ Entre las cualidades que destaca del pueblo íbero, tras un arduo estudio de la lengua y literatura medievales, están la *sobriedad*, la *idealidad* y el *individualismo*, condiciones, como él mismo dice, “bifrontes” al brotar de unas mismas raíces ramificaciones positivas y negativas.

Sobre la sobriedad se destaca en el carácter español una *sencillez de costumbres, noble dignidad de porte [...] aun en las clases más humildes, firmeza en las virtudes familiares* (1947:XI); *el desinterés, (la) generosidad colectiva que lleva a no anteponer el cálculo de pérdidas o ganancias a consideraciones de otro orden* (1947:XIII); *la serenidad de ánimo, el sosiego imperturbable, aquel ‘nada te turbe’ sublimado por nuestros clásicos...*⁵⁴ La sobriedad, no obstante, da también en vicios como son la *desatención de los intereses materiales, despego hacia el trabajo, intermitencia en el esfuerzo y la impaciencia de ánimo*, tan propios del pueblo español.⁵⁵

Por otro lado se destaca el idealismo que positivamente significa una actitud bien opuesta al materialismo, entendiendo, gracias a la *religiosidad cristiana que entra en cuenta como principio fundamental y superior en muchos y capitales periodos de la historia de España*, que *la vida no es el bien supremo, sino que puede y debe ser sacrificada si es preciso en favor de la libertad, la fama (y) la honra.*⁵⁶

En cuanto al individualismo, dice el autor que *el español propende a no sentir la solidaridad social, sino tan sólo en cuanto a las ventajas inmediatas, desatendiendo la indirectas, mediatas o lejanas.*⁵⁷ De ahí que sienta *bastante indiferencia para el interés general, deficiente comprensión de la colectividad, en contraste con la viva percepción del caso inmediato individual, no sólo el propio sino igualmente el ajeno*. Este individualismo,

⁵² Dardé, *op. cit.*, p. 213: de *Historia de España*, vol.I, cap.: “La península hispánica en los tiempos históricos”.

⁵³ *Ibidem*, p. 206: Son palabras de don Ramón, con el orden cambiado.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 207.

⁵⁵ *Ibidem.*, p. 208.

⁵⁶ *Ibidem.*, p. 208.

⁵⁷ *Ibidem.*, p. 208.

produce muchas veces una *ceguera intelectual que no es capaz de percibir el valer de los otros, sino el propio, y que las más de las veces se apasiona degenerando en envidia, aversión hacia las excelencias ajenas, reacción promovida por el dolor de la propia inferioridad*. Se trata de una idea que comparten, entre otros, Unamuno y Baroja.⁵⁸

Estas reflexiones son fundamentales para comprender nuestra historia e idiosincrasia. En principio, le importa más que nada establecer el momento en que el concepto de España cuaja definitivamente, lo que le obliga a atender a los años de los Reyes Católicos. El escritor, aunque siente una tensión entre el unitarismo y el localismo a lo largo de toda la historia española, afirma que el sentimiento unitario siempre fue dominante, ora como única fuerza vital en los periodos de creciente y auge, ora teniendo a su lado como inferior el sentimiento localista en los periodos de menguante.

Destaca Menéndez Pidal dos momentos cruciales: la Reconquista y la guerra contra Francia en 1808. En la primera, recalca el autor que a pesar del largo tiempo, los españoles no sucumbieron a la arabización del país. La causa fundamental de ello fue el fuerte sentimiento religioso y cristiano que ha impregnado nuestra historia y nuestra identidad. En 1808, Francia fracasó en su intento de hacerse con España y activó un sentimiento patriótico desconocido hasta la fecha. En el epicentro, está Castilla.

Castilla, en la Edad Media, representaba *la fuerza progresiva, un país nuevo, una fuerza innovadora que opera en todos los órdenes de la vida* (1956:XV). *La Castilla primitiva, en su lenguaje, lo mismo que en la política y en la guerra, lo mismo que en el derecho, se adelanta a cumplir una evolución que estaba destinada a triunfar* (1956:XXXV). Para entender esta idea hay que entender que *España mantuvo la relación con lo medieval mucho más que otros países. Quizás su novedad u originalidad es que, cuando los países han avanzado y se han apartado de lo antiguo, los españoles siguen en ello [...] ¿Quién se atreve a enmarcar el siglo XV en España?* Castilla se le antoja perpetua: es la Castilla recuperada luego por Azorín.⁵⁹ Castilla representa la grandeza pasada, la decadencia presente y una esperanza de regeneración y de identidad de todos y cada uno de los españoles. Escribe Ganivet:

[...] Castilla, por su posición central, echaba sobre sí la mayor parte de la obra de la Reconquista, y como la preponderancia futura de Castilla era un amago contra la independencia de los demás, nació espontáneamente, como eflorescencia de nuestro espíritu

⁵⁸ Dardé, *op. cit.*, p. 208.

⁵⁹ Palabras en cursiva de Menéndez Pidal, reproducidas a lo largo del trabajo de Dardé.

*territorial, la idea de buscar fuera del suelo español fuerzas para ser independientes de España.*⁶⁰

*Castilla monopoliza el espíritu conquistador. En Castilla el espíritu conquistador nace del de rivalidad, apoyado por la religión.*⁶¹ Más adelante, será Unamuno quien centre su atención en Castilla a lo largo de la historia :

En España llevó a cabo la unificación Castilla, que ocupa el centro de la Península, la región en que se cruzaban las comunicaciones de sus distintos pueblos, centro de más valor que ahora entonces, que en la crisis de la pubertad nacional de las funciones de nutrición predominaban sobre las de relación...

Castilla ocupa el centro y el espíritu castellano era más centralizador a la par que el más expansivo, el que para imponer su ideal de unidad se salió de sí mismo[...] Castilla, en su exclusivismo era menos exclusiva que los pueblos que, encerrados en sí, se dedicaban a su fomento interior; fue uno de los pueblos más universales, el que se echó a salvar almas por esos mundos de Dios y a saquear América para los flamencos [...]

*Castilla, sea como fuese se puso a la cabeza de la monarquía española y dio tono y espíritu a toda ella; lo castellano es, en fin de cuenta, lo castizo[...] Castilla paralizó los centros reguladores de los demás pueblos españoles, inhibiéndoles la conciencia histórica en gran parte, les echó en ella su idea, la idea del unitarismo conquistador, la de la catolización del mundo, y esta idea se desarrolló y siguió su trayectoria castellanizándolos. Y de los demás pueblos españoles brotaron espíritus hondamente castellanos, castizamente castellanos, de entre los cuales citaré como ejemplo a Iñigo de Loyola, un vasco[...] Esta vieja Castilla formó el núcleo de la nacionalidad española y le dio atmosfera; ella llevó a cabo la expulsión de los moros, a partir del país de los castillos, levantados como atalayas y defensas y clavó la cruz castellana en Granada; poco después descubrieron un Nuevo Mundo galeras castellanas con dinero de Castilla, y se siguió todo lo que el lector conoce.*⁶²

Quando se refiere al *Quijote*, dice que en *aquella literatura se va a buscar el modelo de casticismo, es la literatura eminentemente castiza, a la vez que es nuestra literatura clásica.*⁶³

Se podría continuar y se continuará con Azorín, que recoge de una forma detallada y particular el alma castellana y la vieja tierra castellana, a las que dedica sus energías y en las que deposita todas sus esperanzas. La labor de Menéndez Pidal no fue tanto contemplativa y crítica como optimista y constructiva: el término «regeneración», de hecho, renace con él y recorre sus estudios histórico-filológicos.

⁶⁰ Franco, *op. cit.*, p. 229.

⁶¹ Franco, *op. cit.*, p. 230: de Ganivet, *Obras completas*, vol. I.

⁶² Franco, *op. cit.*, pp. 247-248: de *En torno al casticismo*, Ensayo II: “La casta histórica de España”, pp. 65-66.

⁶³ Unamuno, *En torno al casticismo*, cap.: 3.

3- AZORÍN ENTRE LARRA Y LOS NOVENTAYOCHISTAS

Según afirma Díaz Plaja la *generación va más ligada a su momento de aparición en la vida literaria o artística que a la fecha de nacimiento de sus componentes*.⁶⁴ Dentro de la bipartición establecida por este estudioso, Azorín se encuentra en la segunda promoción. Su obra, al igual que su vida, fue larga y muy productiva. Escribió teatro, novela, ensayo...: fue curioso por naturaleza. El único género que no acarició fue el poético, aunque como afirma Sancho Sáez *el lector atento de Azorín conoce pasajes de un lirismo tan levantado que sólo necesita[ba]n la forma métrica para convertirse en bellísimos poemas; ¿o acaso no la necesita[ba]n?*⁶⁵

Como escritor inaugural de entre los anteriormente citados, José Martínez Ruíz tiene como cometido fijar las ideas, la estética y los parámetros de la Generación naciente. Para ello, se vale especialmente de un movimiento literario, el Romanticismo, y de un nombre, Mariano José de Larra. El despertar de España por el que él y sus coevos claman se inicia justamente ahí. Dolores Franco rememora este capítulo de la historia como aquel de *las invasiones napoleónicas y sus subsiguientes movimientos de independencia... que dieron lugar a una reacción contra Francia, que, después de haber impuesto sus ideas durante un siglo, había querido imponer su dominación política en toda Europa*.⁶⁶

Esta guerra, económicamente devastadora pero psicológicamente necesaria, supuso un estímulo para el español, que reparó como nunca antes en sus propios paisanos y en el paisaje de España. La historia nacional no sólo se convirtió en objeto de investigación primordial de numerosos eruditos sino que atrajo a un número creciente de lectores, que, subyugados con los siglos anteriores al XVIII, se deleitaban con la literatura medieval o aquella otra que buscaba su ambientación en el Medievo; del mismo modo, la novela y la escena áureas atraparon al público más formado e informado. En nuestra literatura, como recuerda Dolores Franco, España se hace *tema artístico y objeto de contemplación; despertará otra vez, en los que la miren, más entrañadamente, la preocupación por su esencia*.⁶⁷

⁶⁴ Domínguez, *op. cit.*, p. 444.

⁶⁵ Sancho Sáez, «*La poesía en Azorín*», p. 96.

⁶⁶ Franco, *op. cit.*, p. 118.

⁶⁷ *Ibidem*, p. 119.

Sin embargo, la destrucción es grande tras la guerra. El rey más «deseado» de toda nuestra historia, Fernando VII, encargado de restablecer la confianza en el país y en la raza, traiciona las lealtades de todo su pueblo en atención y destruye lo que hubiera podido ser el primer paso a la democracia, al tiempo que somete a España a una soberanía interesada y particularista. El espíritu que con más fuerza y tenacidad nos había unido se disuelve y la sociedad se rompe en dos, como recuerda María Eugenia Domínguez, al afirmar que, *entre los tradicionalistas que no aciertan a vivir en su tiempo y los progresistas fervientes que, al principio, proponen la europeización de España*.⁶⁸ En este contexto histórico literario, surge la figura de Mariano José de Larra.

Larra mantiene en sus escritos un tono sobrio y enérgico. No buscaba una lengua retórica y ampulosa, propia del barroquismo, sino enérgica y directa. Veía también una recuperación de España a partir de una Europa vecina. España necesitaba abrir sus fronteras al extranjero, hecho que en nada había de empecer el casticismo español. Como recuerda María Eugenia Domínguez, a Larra se le tachó en su tiempo de ser el escritor más extranjerizado; sin embargo, Larra es el escritor de su tiempo que más y mejor enlaza con la tradición clásica española. Lo mismo dice Azorín cuando afirma que no se debe fosilizar una lengua, en concreto la castellana, a fuerza de escribir castizamente. Tanto él como posteriormente la Generación del 98 serán considerados como *casticistas “originales”*.⁶⁹

Larra también critica a España para mejorarla. El pueblo necesita conocer sus errores, sus defectos, si desea progresar. Si una nación no se somete a un examen de conciencia, se estanca. Su crítica se centra tanto en los habitantes como en los espacios españoles. Critica *las fondas, los caminos, las oficinas, el correo, las costumbres en general*. Echa gran parte de culpa a los españoles pesimistas, aquellos que dan armas a los extranjeros para que piensen que el país no vale y que es decadente. Critica la incultura, la ineptitud de muchas personas contrarias al progreso; en su opinión, “...son muchos los hombres que han inmortalizado su nombre en las páginas de nuestra historia pero muy pocos los que han influido en su prosperidad” o *su escribir en Madrid es llorar*.⁷⁰ Aboga por un pueblo libre de sometimientos y tiranías, celoso de salvaguardar la libertad de expresión. Como se ve, en el Romanticismo como época y en Mariano José de Larra como expresión de la misma, hay que buscar muchas

⁶⁸ Domínguez, *op. cit.*, p. 446.

⁶⁹ *Ibidem*, p. 449.

⁷⁰ Larra, *Obras completas del Fígaro*, tomo I, p. 430; tomo II, p. 151.

de las claves que, un siglo más tarde, cohesionarán a los escritores noventayochistas; en especial, sin esos dos referentes es imposible entender a Azorín.

Y esto tiene su explicación, ya que Azorín y sus coetáneos también vivieron una época de profunda crisis social, política y económica. La España de aquel entonces pasaba de unas manos a otras, de desastre en desastre, con su culmen en la pérdida de Cuba, Puerto Rico, Filipinas y otros territorios menores. La identidad de España estaba igualmente perdida, igualmente desesperanzada y con la misma falta de rumbo que la de aquel Mariano José de Larra de 1812. Este contexto es el que hace ver en Larra la esperanza. En él Baroja, Azorín y el resto ven la búsqueda de su mismo ideal. Así se le considerará el norte y guía de los noventayochistas.

Si había una urgencia clara para Azorín, era la búsqueda de una identidad nacional. El literato necesitaba escribir sobre España, sobre su país y sus gentes con el fin de conocerla y encaminarla a una solución. Él creó y creyó entonces en unos ideales y una generación que llamaría primeramente Generación de 1896 y que más tarde llamaría del 98, tras la gran derrota frente a los Estados Unidos.⁷¹ Hay una serie de puntos en común que permite tratar a todos sus autores de manera conjunta:

*La generación de 1898 ama a los viejos pueblos y el paisaje; intenta resucitar los poetas primitivos [...]; da aire al fervor por el Greco [...]; rehabilita a Góngora [...]; se declara romántica...; siente entusiasmo por Larra [...]; se esfuerza, en fin, por acercarse a la realidad y en desarticular el idioma, en agudizarlo, en aportar a él viejas palabras, plásticas palabras, con el objeto de aprisionar menuda y fuertemente la realidad[...]; ha tenido el grito pasional de Echegaray, el espíritu corrosivo de Campoamor y el amor a la realidad de Galdós. Ha tenido todo esto, y la curiosidad mental por el extranjero y el espectáculo del desastre [...]*⁷²

Con todas estas reflexiones en la cabeza, Azorín se lanza al reencuentro de una identidad nacional. Su gran legado es su Castilla, real y literaria; la Castilla que hace las veces de España entera y en la que cabe perseguir la intrahistoria unamuniana: aquella vida *silenciosa y continua como el fondo mismo del mar que es la sustancia del progreso, la verdadera tradición, no la tradición mentira que se suele ir a buscar al pasado enterrado en libros y papeles y monumentos y piedras.*⁷³

⁷¹ Laín Entralgo, *La generación del 98*, pp. 55-56.

⁷² Franco, *op. cit.*, pp. 224-225: de *Clásicos y modernos: La generación de 1898*, pp. 254-255.

⁷³ Unamuno, *En torno al casticismo*, cap.: “La tradición eterna”.

Son palabras de Larrinaga: *La valoración del paisaje dentro de la literatura y el arte europeos en general y españoles en particular e(ra) algo relativamente reciente, ya que (tenía) sus orígenes en el siglo XIX, concretamente con el Romanticismo.*⁷⁴ Como dice este mismo estudioso, *las relaciones entre el paisaje y la nación llegaron a ser tan fuertes que terminaron derivando en la idea de paisaje nacional.*⁷⁵ La naturaleza, es decir, todos los pueblos, comarcas, caminos, travesías de España plasman su esencia y los sentimientos que despierta. En este paisaje hay españoles, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, agricultores, ganaderos, escritores, curas, filósofos, aldeanos, verederos, viandantes, misioneros, labradores, sombrereras, apañadores, criadas, siervos, santos... Ellos dan vida a España: son su esencia. Así concluye Azorín: *El paisaje somos nosotros, el paisaje es nuestro espíritu, sus melancolías, sus placideces, sus anhelos, sus tártagos.*⁷⁶ Todo ello explica la necesidad que Azorín sintió de conocer la geografía española para luego describírnosla. En ese sentido, él y otros muchos quedan en deuda con Francisco Giner de los Ríos. En palabras de Larrinaga, fue el quien *llevó a cabo la revalorización del paisaje dentro del universo intelectual español de la segunda mitad del siglo XIX.*⁷⁷

Según Javier Varela, la invención de un paisaje nacional, la configuración de *Castilla* en símbolo y mito nacionalista, se debe sin duda a los krausistas españoles del siglo XIX. Con ese amor por el paisaje castellano y el gusto por el excursionismo heredado de los krausistas, Azorín se dedica a recorrer España con el fin de darla a conocer. Tiene muy presente la idea de que no se puede amar lo que no se conoce y si se ama sin conocerlo ese amor será inútil, estéril. Como recuerda José Montero Padilla varios son los libros de título revelador: *Una hora de España, España (hombres y paisajes), Pensando en España, Sintiendo a España, La amada España...* No hay, como el mismo Azorín dijo *ni un solo libro, en los cuarenta volúmenes, ajeno a España.*⁷⁸

Pero el paisaje de España de Azorín y sus coetáneos no es un ajeno a las personas sino al contrario. En él se encierra la intrahistoria a la que tantas y tantas páginas dedicó. La intrahistoria, como nos recuerda Montero Padilla, es *ese entramado sutil, poco recordado o desconocido e incluso anónimo que late por debajo de los grandes acontecimientos y de los*

⁷⁴ Larrinaga, «El paisaje nacional y los literatos del 98: El caso de Azorín.», p. 195.

⁷⁵ *Ibidem*, p. 184.

⁷⁶ *Ibidem*, p. 184.

⁷⁷ *Ibidem*, p. 185.

⁷⁸ Azorín. *Una hora de España*, p. 28.

*personajes eminentes y que constituye, no obstante, la base sustentadora de la existencia de las naciones.*⁷⁹

De forma literaria, lírica y con amor, se lanza Azorín a recordar paisajes como aquel ofrecido por la *vetusta y gloriosa* ciudad de León, recogido en las *callejuelas* o en los *caserones cerrados*, donde el espíritu de los años queda evocado por los *palacios, torres, tejadillos, veletas, escudos, rejas* o *balcones saledizos*. Evoca unas horas en Córdoba, donde además de llamarle la atención los *patios, la Catedral* o *una viejecita* caminando, transporta al lector el olor, por la mañana, a *leña y a ramaje de olivo quemado* que nos dice *es el aroma castizo de las ciudades españolas, meridionales y levantinas (España)*. Otras veces nos pinta el autor una ciudad anónima castellana, o dedica su pluma a un *ferrocarril*, a un *balcón* o a una casa cerrada que le llaman la atención y le evocan la identidad de España.

Fija la atención Azorín en nuestras gentes, en sus profesiones de toda la vida (tras la estela de un costumbrismo igualmente poderoso como formulación plástica y literaria), tan importantes para la continuidad de nuestro país. Evoca aquellas horas pasadas, nuestros hombres, de hoy y de todos los tiempos. Lo hace de varias maneras. Unas veces rememorando a intelectuales como *Jorge Manrique, Quevedo, Calderón, Góngora, Cervantes*. Retiene a Fray Luís de Granada, a quien retrata como *un religioso*, que, *como Cervantes, ...cuando escribe toda su alma se conmueve*,⁸⁰ o Fray Luis de León que, como nos recuerda Santiago Riopérez y Milá, fue uno de los predilectos del alicantino porque era *el poeta del campo, del silencio, de la noche estrellada, de la música, del mar, del presentimiento de Dios en cada cosa*.⁸¹

Nos trae a la memoria también a esa gente desconocida y anónima; esa intrahistoria unamuniana que conforma el espíritu español. Unas veces sus personajes son reales y forman parte de su presente histórico, como en el caso de «Vida de un labrantín» con un tal *Toscano* o a un «Don Joaquín el Mayorazgo».⁸² Otras veces los personajes son anónimos como *el anacalo, el apañador* o *el melcochero*, y otras, forman parte de un mundo literario, como en el caso de las *sombrereras* del anónimo *Lazarillo*, de *la anónima criada* de Cervantes o del *labrador* de Gonzalo de Berceo. Azorín también se inspira en la pintura, como *Don José Nieto* que toma de *Las Meninas* de Velázquez.

⁷⁹ *Ibidem*, p. 29.

⁸⁰ Azorín, *Al margen de los clásicos*, p. 50.

⁸¹ *Ibidem*, p. 53.

⁸² Azorín, *España*, pp. 143-150 y 173-176.

Como se puede deducir, toda su obra es ejemplo y plasmación de un continuo y profundo conocimiento del paisaje, del hombre y del arte español, hechos, por su pluma, arte. En cada cuadro, por él hecho palabra, como también en cada ciudad, filtrada gracias a su particular poética, el autor da cuenta de su amor por España.

Todo se españoliza en Azorín, todo se identifica con la tierra España. Si nuestro escritor recupera al *labrador* de Gonzalo de Berceo, es para situarlo en *tierras de la Rioja, o acaso en algún ameno rincón de Castilla...* o tal vez en *una campiña andaluza*; luego nos describe su casa, *ancha y cómoda*, en que *las paredes se hallan blanqueadas con cal* y nos evoca una fachada *con azulejos de Segovia o de Valencia*.⁸³ Las *Sombrereras*, vinculadas al *Lazarillo*, tienen ahora nombre: Fenisa, Gerarda, Isabel, Raquel y Guiomar; a todas las sitúa en un *grande caserón toledano* donde *en la sala hay uno o dos tronos de hilar que hacen un leve ruido cuando funcionan* para resaltar, tal vez, la importancia que ha tenido en nuestra historia esta industria.⁸⁴

Como dijo Ortega y Gasset, Azorín ofrece al lector y al español los *primores de lo vulgar*, rescatando los pequeños detalles, las cosas; los personajes y los objetos que el tiempo arrasaría y caerían en el olvido.⁸⁵ Estos *primores de lo vulgar* identifican a los españoles de todos los tiempos, descritos por Azorín en una vena literaria que tiene mucho de lírica. Como recuerda Cachero, lo hace unas veces, *llena[ndo] los espacios en blanco que un día dejó su primitivo autor*, otras veces *corrigiendo su biografía*, otras, *da[ndo] vida a personajes* que provienen del mundo del arte o con personajes de su mundo actual⁸⁶: son «primores de lo vulgar»; es la búsqueda de la esencia que define al personaje.

Azorín sabe amalgamar en un solo cuento, en una estampa o a veces en una sola página un personaje puramente castizo –literario o real–, una españolización de todo lo español –a través de un personaje o de un momento verdaderamente fugaz de la vida diaria– y un profundo conocimiento de nuestra geografía y nuestra identidad –con pinceladas evocadoras que hacen sentir al lector, español, a quien se dirige. Es un español inmutable, de hoy y de siempre: el que hallamos en nuestra literatura y en nuestro arte, eterno y característico de nuestra raza.

⁸³ Azorín, *Al margen de los clásicos*, pp. 115-118.

⁸⁴ Azorín, *España*, pp. 67-70.

⁸⁵ Ortega y Gasset, *El espectador*, tomo II, cap.: “¿Angustia? ¿Progreso?”.

⁸⁶ Azorín, *España*, pp. 38-48.

4- AZORÍN BEBE EN JACINTO BEJARANO.

¿Quién no recuerda *Un pueblecito: Riofrío de Ávila*, de 1916?⁸⁷ ¿Se acuerdan de su protagonista? Es un cura de pueblo del siglo XVIII, *Jacinto Bejarano Galavís y Nidos*, autor de *Sentimientos patrióticos o conversaciones cristianas que un cura de aldea, verdadero amigo del país, inspira a sus feligreses...*, título éste que inspira toda la obra.⁸⁸ ¿Por qué esta novelita ha pasado casi desapercibida por la crítica, cuando para algunos es una de las mejores novelas azorinianas? Resulta, por ejemplo, muy revelador que no haya una sola edición comentada de la obra; es más, del libro de Bejarano apenas sí se hace mención quienes atienden en la bibliografía azoriniana y hay quien llega a dudar de la existencia del autor y la obra de que dice partir el alicantino.

Recordemos la génesis de *Un pueblecito: Riofrío de Ávila*, de la que nos da cuenta el propio Azorín. Él nos relata cómo *una mañana de otoño, curioseando en la feria de los libros de Madrid, aquella que unos años la sitúan detrás de este jardín... y otras veces está puesta delante del ministerio de Fomento*, encontró en uno de esos *barracones de madera* un libro que le llamó poderosamente la atención.⁸⁹ Todos estos libros, como él mismo dice, le parecen importantes porque su escritura ha llenado, al menos *durante un instante, un espíritu*.⁹⁰ También Azorín sabe que *en los pueblecitos de Castilla- como en otras partes- ha habido de estos hombres que escribieron un día y que nadie sabe que han escrito*.⁹¹ Justo entonces cae en sus manos la obra de Jacinto Bejarano Galavís y Nidos. El título de la obrita, recogida en dos tomos e impresa en el año 1791, es *Sentimientos patrióticos o conversaciones cristianas que un cura de aldea, verdadero amigo del país, inspira a sus feligreses. Se tienen los coloquios al fuego de la chimenea en las noches de invierno. Los interlocutores son el cura, cirujano, sacristán, procurador y tío Cacharro*. Sin duda y con un mínimo acercamiento a los gustos y estudios azorinianos, este libro, solo por el título, no podía sino suscitarle verdadero interés. Pero todavía hay más.

Cuando nos adentramos en la novela, a lo largo de sus ocho capítulos, divididos a su vez en una suerte de reflexiones, de estampas, de momentos, nos damos cuenta del verdadero valor de su modelo. Como dice Ortega y Gasset:

⁸⁷ Azorín, *Un pueblecito: Riofrío de Ávila*.

⁸⁸ *Ibidem*: «El libro».

⁸⁹ *Ibidem*, p.14.

⁹⁰ *Ibidem*, p.15.

⁹¹ *Ibidem*, p.15.

*¡Extraña condición la del espíritu! No sólo nuestros sentimientos perviven cuando ha pasado su actualidad, de suerte que podemos tornar a vivirlos cuantas veces queramos, sin más que descender al lugar del tiempo en que acaecieron, sino que las emociones de otros hombres en otros tiempos pueden ser para nosotros espectáculo inmediato, tan inmediato y tan real como el paisaje que ahora existe ante nuestros ojos!*⁹²

Entre Azorín y Bejarano cabe hablar de *sinfronismo*, de una conexión de dos almas en profunda sintonía. A pesar de la lejanía en el tiempo, ambos comulgan en un mismo ideario, lo que refuerza en Azorín la idea del retorno o vuelta a la vida que tanto le atrajo.

A través de su novela, Azorín retrata a Bejarano como escritor y pensador. En primer lugar, destaca la importancia del libro. Este hombre, que escribió dos tomos de unas novecientas páginas en dos tomos formato octavo – que equivaldrían a unas 380 páginas a tamaño folio y en cuerpo de letra mínimo– *se halla[ba] en un pueblecito, casi una aldea, de la tierra de Ávila... en lo hondo de un barranco donde el sol apenas traspasa(ba) las altas montañas y desliza(ba) sus luces hasta la techumbre de las casas.*⁹³ Sin duda, como reza el capítulo, Jacinto Bejarano estaba *Lejos del mundo*. Lo sorprendente es que este curita es una especie de Montaigne a la española, que amaba *más un entendimiento sin cultura, sin erudición, sin fárrago de libros, pero claro y preciso, que otro cargado de aparatosa balumba libresca, pero fuliginoso y deslavazado.*⁹⁴ Eso es exactamente lo que persigue Bejarano y propone Azorín, que también afirma que *los libros no dan entendimiento* o que *un labriego de estos con quienes convive en Riofrío nuestro autor puede ser más inteligente que un doctor o un ministro o un autor de gruesos y eruditos libros...*⁹⁵ Así pensaba Montaigne y así pensaba Bejarano. Así piensa Azorín.

Continúa Azorín perfilando a don Jacinto a través de un ideario que Azorín suscribiría de inmediato. En ese sentido, ni siquiera basta con compartir opiniones sobre asuntos de gran trascendencia: se puede incluso estar de acuerdo en el hecho de tenerles manía a las mulas. Si Bejarano dice que *no se puede negar que el surco que hace el arado tirado por las mulas es menos profundo que el que hace el arado tirado por bueyes*, Azorín abundará en razones para respaldar su opinión; de hecho, escribe que *la mula es la violencia, el erguirse hosco, la dureza, lo inesperado. La mula es el complemento lógico del chulo, de las corridas de toros,*

⁹² Ortega y Gasset, *El espectador*, tomo II, cap.: “Azorín o los primores de lo vulgar”.

⁹³ Azorín, *Un pueblecito Riofrío de Ávila*, p. 21.

⁹⁴ *Ibidem*, pp. 25-26.

⁹⁵ *Ibidem*, p. 27.

*del vinazo espeso y sucio, del bailoteo ruidoso y convulsivo.*⁹⁶ Azorín, complementa y refuerza el pensamiento de Bejarano, al tiempo que le da sentido.

Ahora es el turno de los toros, de los que Bejarano abomina, al igual que Azorín, que desearía que ese *caudal de energía, de fuerza, de ímpetu de nuestra España, fueran encauzados, normalizados, beneficiosamente recogidos.*⁹⁷ Pero Azorín y también Jacinto Bejarano saben que esto no cambiará, porque ésta parece ser *la energía y la aspereza españolas*. Porque así es España y así son los españoles; porque, si no, no existirían *Pepa la Banderillera* o *La Tartaja*. Y es que también así nos siente Europa, con Merimée o Nietzsche. Porque no podemos dejar de ser lo que en esencia somos.⁹⁸

Y justifica Azorín a Bejarano porque Bejarano es, como Azorín, un intelectual, un hombre que, con un espíritu *castizamente castellano, hondamente castellano*, mira a Europa. Es un intelectual curioso, un hombre diferente, como lo fue Azorín en su época. Y es que Bejarano tenía los mismos ideales que luego encontraremos en Larra y en los intelectuales del 98: *¿Cómo la Holanda e Inglaterra estarían tan pobladas y pudientes si no se aplicasen sus individuos a lo que es más análogo a su situación?... ¿Y por qué nosotros no imitaremos en esto a estas y otras naciones de la Europa, ya que se la imita en puerilidades, fruslerías y nocivas bagatelas?*⁹⁹ Recordemos una frase: *¡Fe, fe en la espontaneidad propia, fe en que siempre seremos nosotros, y venga la inundación de fuera, la ducha!*

Ahora le toca el turno al capítulo intitulado *Teoría del estilo*, pues don Jacinto, a pesar de vivir en la lejanía *entre las montañas*, reflexionó sobre su propia poética y le dio forma y coherencia. Su innegable valor no escapó a la atención de Azorín, sorprendido antes frases como: *el estilo no es nada; la claridad es la primera calidad del estilo; no hablamos sino para darnos a entender; El estilo es claro si lleva al oyente a las cosas, sin detenerle en las palabras.*¹⁰⁰ ¿No es esto lo mismo que piensa Azorín? ¿No es ésta su idea de estilo?

La originalidad de Bejarano alcanza también al estilo, que no es el *recargado, vacuo que encontramos en los eclesiásticos del siglo XVIII, o (en) el truculento, empedrado de vocablos extraños, muchos de ellos traídos a redropelo, en que se expresa un Torres Villarroel.*¹⁰¹ Bejarano va a contracorriente una vez más, ya que para él *la cualidad de simple en punto de*

⁹⁶ *Ibidem*, p. 32.

⁹⁷ *Ibidem*, p. 36.

⁹⁸ Ideas recogidas de *Un pueblecito, Riofrío Ávila*, cap.: “Los toros”.

⁹⁹ *Ibidem*, p. 38.

¹⁰⁰ *Ibidem*, p. 43.

¹⁰¹ *Ibidem*, p. 41.

estilo no es término de desprecio sino de arte.... El estilo simple no tiene menos delicadeza ni menos exactitud que los demás... Es más, una frase que ha pasado por ser de Azorín pertenece en realidad a Bejarano: *De todos los defectos del estilo, el más ridículo es el que se llama hinchazón.*¹⁰² Así las cosas, más de uno se ha preguntado si acaso Bejarano es un pseudónimo más de Azorín.

El siguiente capítulo, *Las estaciones del año*, recoge sus reflexiones acerca de las ventajas y desventajas de cada estación. Como recuerda Azorín, *las cosas por las que distinguimos las estaciones en el campo, en los pueblecitos, no son las mismas que las cosas que caracterizan las estaciones en las populosas urbes.*¹⁰³ De ese modo, Bejarano pinta magistralmente, con un lirismo que como dirá Azorín hace de él *uno de los buenos prosistas castellanos*, las ventajas y desventajas de cada estación en cuatro estampas, que luego completará con otras urbanas.¹⁰⁴ En los pueblos, la primavera, nos dice Bejarano, hace que las plantas y animales *empiezan a tener ser...* Los árboles y los prados se presentan lozanos y frondosos. En la ciudad, hay *un almendro en flor solo, en un barranco rojizo... hay un son de una fuente...y allá en lo alto de la montaña, de noche, la lucecita de una hoguera.*¹⁰⁵

El verano es la estación predilecta para los labradores; pues en ella ven *el término de sus esperanzas. El estío es el tiempo de coger.* En la ciudad, Azorín rememora el *mar azul y una costa lejana. Trajes femeninos y olorosos. Ventanilla abierta en el tren. Paseo lento durante el ocaso.*¹⁰⁶ Por su parte, Bejarano dice que *las ventajas del otoño son tantas que, bien mirado, se levanta con el principado de los tiempos y estaciones.* En él, *Baco o Sileno, sentado en la cuba, hace el guapo y, con sus hinchados carrillos, coronado de pámpanos, sale a ruar por las calles, dando a entender que él sostiene el boato de tierra de Medina.* Es entonces cuando *la sangre de los hombres, que se había extenuado por el excesivo calor del estío, fermenta con el mosto.* Ya sabemos la importancia que el vino tiene para pastores y labradores.

Azorín recuerda las *cimas de cipreses que dobla el viento. Rosas pálidas. Campanas que plañen...un mueble ha crujido.*¹⁰⁷ Finalmente, llega el invierno, la estación preferida por Bejarano, pues el frío lo reconforta. Sobre todo, el invierno es el tiempo de sus queridas y

¹⁰² *Ibidem*, pp. 44-45.

¹⁰³ *Ibidem*, p.53.

¹⁰⁴ *Ibidem*, p.27.

¹⁰⁵ *Ibidem*, p.55.

¹⁰⁶ *Ibidem*, p.57.

¹⁰⁷ *Ibidem*, p. 59-60.

añoradas tertulias, ya que *como sobra mucho tiempo para dormir y no hay oportunidad para vivir en el campo, nos juntamos más a menudo y conferenciamos largamente*. El alicantino evoca *los vidrios del escaparate, los pasos en la callejuela y el silencio de la nieve que va cayendo*; a continuación, concluye que *todo es subjetivo*.¹⁰⁸

En el capítulo VI, dedicado a la agricultura y la ganadería, se recogen los comentarios de los labradores y pastores de Riofrío. Ellos están inquietos y se preguntan qué trabajo es mejor o peor, si el de labrador o el de pastor. Cada uno se defiende y Bejarano arbitra los razonamientos. Azorín recupera a Feijoo cuando habla en su *Teatro Crítico* de los labradores. Todo culmina en un *según, según...*¹⁰⁹

En el capítulo VII se introduce la última parte de la novelita y el último capítulo del libro antes del epílogo. Aquí, Azorín encuentra asiento a su pensamiento sobre la geografía: *España: un país donde nadie sabe geografía*. Y nos pasa a explicar que allá, en 1778, en época de Bejarano un hombre quiso hacer un *Atlante español o descripción general, geográfica, cronológica e histórica de España*. Y como muchas veces ocurre en España se pretendía hacer con el mínimo esfuerzo, mandando un *cuestionario* a las autoridades de cada comarca y villa con el fin de que hicieran la labor por ellos. Y hubo quejas y negativas, porque para conocer a España hay que recorrerla, hay que andarla. Sin embargo, el proyecto aportaba algo inobjetablemente valioso: las *estampas finas* de hombres anónimos de todos los tiempos. Azorín justifica la crítica: *Sus descubrimientos en el Nuevo Mundo y su ignorancia del propio país... Han hecho descubrimientos inmensos en el Nuevo mundo y no conocen todavía su propio continente (1721)*.¹¹⁰ ¿Nos suena? Sí, pues es un razonamiento que no falta entre los noventayochistas; es más, en nuestros días es casi un lugar común.

A Bejarano le llega el cuestionario del tal Bernard Espinalt García; o, como él dice, *de un tal G.E.* A la solicitud, contesta con un tono duro, irónico y melancólico, que no atenderá su ruego. Su pensamiento, dice, piensa verterlo en sus *Sentimientos patrióticos*. Sobre el epílogo es Ortega y Gasset quien habla:

Así en este libro la afinidad preexistente entre la vida del cura y la vida de nuestro escritor duplica la intensidad de cada una. Gracias a Azorín entendemos mejor la emoción vital del pobre Bejarano. Gracias a Bejarano entendemos mejor la amarga ironía que gime en el

¹⁰⁸ *Ibidem*, pp. 61-62.

¹⁰⁹ *Ibidem*, pp. 65-76.

¹¹⁰ *Ibidem*, pp. 77-88.

*corazón de Azorín. Y este mismo, al hallarse resonado en aquel otro hombre, ha oído más claramente sus voces interiores.*¹¹¹

Comprobado el mérito, puesta de relieve la calidad, demostrada la estima que por la novela sintieron los lectores contemporáneos, parecida si no idéntica a la que sienten los especialistas en Azorín o la Generación del 98, es de ley hacerse una vez más la siguiente pregunta: ¿por qué no goza de una edición crítica o, al menos, de una edición anotada que aborde los problemas textuales y el ideario de Azorín? Quizás la respuesta se deba a que poco o nada se sabe de la obra dieciochesca que se alberga en su interior. ¿Es que nadie ha sentido la curiosidad de rescatar a Bejarano, aunque sólo sea para iluminar *Un pueblecito*? Muchos, como ya he adelantado, ni tan siquiera se han preocupado de comprobar si la obra existió o no, si se trata de un caso más de ese fenómeno literario que conocemos como *el manuscrito encontrado*.

5- SENTIMIENTOS PATRIÓTICOS: MODELOS, PROPÓSITO Y ESTRUCTURA.

*Sentimientos patrióticos o conversaciones christianas que un cura de aldea, verdadero amigo del país, inspira a sus feligreses. Se tienen los coloquios al fuego de la chimenea en las noches de invierno. Los interlocutores son el Cura, Cirujano, Sacristán, Procurador y el Tío Cacharro*¹¹² es una obra injustamente olvidada, por las ideas que transmite, por la calidad de su escritura, por haber animado la pluma de Azorín en *Un pueblecito: Riofrío de Ávila* de Azorín y, en definitiva, por estar tácitamente tras uno de los ensayos más valiosos de todos los tiempos, el libro de Dolores Franco.

A pesar de que todavía mi investigación está en un periodo inicial, puede mostrarse segura en diversos sentidos. Antes de nada, cabe decir que *Sentimientos patrióticos* se acabó en 1788 y vio la luz en 1791 en la Imprenta Real de Madrid.¹¹³ Merece la pena destacar este hecho, toda vez que la Imprenta Real fue rigurosa a la hora de publicar una obra cualquiera, que debía pasar un riguroso filtro en atención a su contenido y forma. Una simple ojeada viene a reforzar mi sospecha: de 1791 son también el *Retrato de los españoles ilustres* y *La música*, poema didáctico de Tomás Iriarte traducido a varios idiomas y elogiado por el mismísimo

¹¹¹ Ortega y Gasset, *El espectador*, tomo II, cap.: “Azorín o los primores de lo vulgar”.

¹¹² Esta información aparece en la portada del libro de Jacinto Bejarano Galavís.

¹¹³ Esta información la ofrece su autor bajo el título de *Advertencia* en la contraportada del primer tomo. Las citas y menciones se harán a partir de la transcripción de mi propio ejemplar.

Pietro Metastasio; de 1798 son *Los comentarios de Cayo Julio César*, traducidos por José Goya y Muniaín y editados por Pedro Julián Pereira para la Imprenta Real, con patrocinio del Infante Gabriel.

De *Sentimientos patrióticos* se conservan seis copias en la Biblioteca Nacional de España, una en el Instituto Feijoo de la Universidad de Oviedo y al menos otra en la *British Library*.¹¹⁴ Por tanto, sorprende que la obra haya pasado tanto tiempo inadvertida y que ni siquiera haya despertado la curiosidad de críticos azorinianos como Edward Inman Fox, José Manuel Vidal Ortuño, José María Martínez Cachero o Carlos Larrinaga Rodríguez, que ofrecen, a lo sumo, datos imprecisos y superficiales. Este estado de cosas llama la atención, aún más si cabe, porque gracias a la moderna tecnología electrónica se pueden reunir datos ciertos sobre una obra inexcusable para leer a Azorín.

Sobre el autor poco se sabe: básicamente lo que él nos cuenta. Así, nos constan su condición de religioso y *cura párroco de San Martín de la villa de Arévalo, en el obispado de Ávila, opositor a las canonjías de oficio de las Catedrales del Reino, a las de S. Isidro el Real de Madrid, a las cátedras de la Universidad de Salamanca y catedrático sustituto y consiliario que fue en ella*. Todo lleva a pensar en un hombre formado, curioso e intelectual, características todas que se verán confirmadas en cada página. También se nos dice que fue natural de Coria (Cáceres) y que estudió en Salamanca y Madrid.¹¹⁵

Las razones por las que Bejarano vivía en un pueblo perdido y olvidado como Riofrío (Ávila), pueblo que, como Azorín escribe, se encuentra *en lo hondo de un barranco y donde el sol apenas traspasa las altas montañas*, me son desconocidas¹¹⁶; no obstante, en la *Conversación cuarta* y en algún otro lugar alude a un posible destierro:

*Protesto que si he dexado correr la pluma, no ha sido con el fin de que se me juzgue capaz de ser autor público, sino con el de divertir, con esta ocasión, los enfados de la soledad, las penas del destierro y suspender, por algunos instantes, las lágrimas que me hace verter incesantemente mi desgraciado destino.*¹¹⁷

Lo que sí se sabe con seguridad es que fue un ilustrado de su tiempo, como se colige de una aproximación a su obra, por rápida y somera que sea.

¹¹⁴ Vid. la bibliografía de este trabajo.

¹¹⁵ Bejarano, *Sentimientos patrióticos*, tomo I, pp. 54, 66, 76, 100, 113; tomo II, pp. 198 y 214.

¹¹⁶ La cursiva pertenece a *Un pueblecito*, concretamente del cap.: “Entre montañas”, que se apoya en *Sentimientos patrióticos*, tomo I, p. 100.

¹¹⁷ Bejarano, *op.cit.*, tomo I, p. 108.

El formato en octavo menor casa bien con el género literario de que parte y dice mucho acerca del destinatario de la obra. En ese sentido, me basta repetir las palabras de Rallo Gruss: *El diálogo español, como la epístola, se configuran como rescate de un modo ya practicado por los escritores clásicos (griegos y latinos) sobre los modelos de los humanistas italianos y de Erasmo*. El diálogo, concluye esa estudiosa, es el *mejor género de alcance al público semiletrado, al cual dirigen la literatura moral y reformista*.¹¹⁸ Este género se aviene bien con el contenido misceláneo de la obra, algo que le enseñaba la tradición literaria del Quinientos en adelante. El conjunto, de una notable amplitud, precisa de dos tomos, que se abren con una oración de apertura y van seguidos de quince *Conversaciones*, correspondientes a quince noches de invierno que el autor protagoniza y guía. Por su forma dialogística, contenido misceláneo y hasta por otros detalles se nos vienen a la memoria las *Noches de invierno* (1609) de Antonio Eslava o, en la lejanía, las *Atticae noctes* de Aulo Gelio (siglo II).

Los habitantes de Riofrío hablan de muy curiosos y diversos temas, característicos, por otro lado, del ensayismo y del movimiento reformador de su época. A lo largo de la primera *Conversación* el Cura, el Cirujano y el Tío Cacharro hablan sobre la escritura y el estilo, resaltando la importancia de la claridad, la precisión de las palabras y la adecuación a los oyentes y a los que va dirigido el acto comunicativo. La segunda *Conversación* versa sobre agricultura y ganadería, y entrevera citas clásicas y ejemplos de la antigüedad con experiencias modernas; al respecto, todos opinan, ya que sienten el asunto como cercano y propio. La siguiente *Conversación* se ocupa de los vicios y malas costumbres de las gentes de los pueblos, con especial preocupación por ciertas formas de baile y por el consumo excesivo de alcohol, que da inevitablemente en borracheras.

A lo largo de la cuarta *Conversación*, transcrita casi en su totalidad por Azorín, nuestro Cura dialoga con el Cirujano sobre la historia de un *cuestionario* enviado por alguien a quien se conoce por las iniciales G. E. —en realidad, E. G.: el mentado Bernardo Espinalt García— para redactar su obra *El Atlante Español*, con la que pretendía enseñar la geografía española a todos los interesados. En lugar de aplicarse a la labor y recabar información y depurar los datos él mismo, se le había ocurrido mandar un extenso cuestionario a las autoridades locales para que fuesen ellos quienes revelasen las principales características y diesen cuenta de las peculiaridades de cada localidad. Esto provocó el rechazo y enfado de muchos de ellos, caso

¹¹⁸ Rallo Gruss, *La prosa didáctica en el siglo XVII*, p. 138.

éste de nuestro Cura, cuya respuesta nunca llegará a manos del autor del *Atlante*, aunque se hará pública en esta *Conversación*.

La *Conversación* quinta, entre el Cura, el Sacristán y el Cirujano, trata el tema de las oposiciones públicas a prebendas y a curatos. El Cura ilustra a sus feligreses y a sus lectores acerca de cómo deberían ser dichas pruebas y exámenes, manifestando, a pesar de su reciente fracaso, una gran capacidad y conocimiento de la materia bajo muy diversos prismas y con respuestas propias de un canonista. Al final, se aborda el tema de los vicios y malas costumbres de las gentes, lo que le lleva a criticar la inadecuada santificación de las fiestas, el desaliño y mala facha a la hora de ir a misa y el descuido de la barba. Prosigue la sexta *Conversación* con asuntos tan variados como la dificultad a la hora de traducir textos, sobre cómo y cuándo se debe facilitar el Sacramento de la Extremaunción; cómo deben prepararse las Hostias Sagradas o los peligros del vino, tema éste recurrente a lo largo del libro.

La *Conversación* séptima establece las características, hábitos e intenciones que debe perseguir un buen cura. El Tío Cacharro critica a don Jacinto su aislamiento y su escasa participación en las diversas fiestas de Riofrío, crítica que el Cura aprovecha para defenderse apelando a las creencias y reglas de comportamiento que deben marcar el norte de un verdadero hombre de la Iglesia. El tomo primero se cierra con la octava *Conversación* acerca de la *sabiduría aparente*, un asunto que, como se verá, tiene mucho en común con *El teatro crítico universal* del Padre Feijoo.

Inicia un segundo tomo con la *Conversación nona* en la que el Cura, el Tío Cacharro y el Cirujano discuten acerca de cómo deben ser los préstamos, tema que preocupa especialmente al Tío Cacharro y que el Cura ilustra mediante una casuística muy variada. Se aprovecha esta *Conversación* para atender a otros temas, tales como el relativo a los géneros literarios, concretamente la poesía y el teatro, que llevan finalmente a la música, que le sirve para hacer una suave crítica a cuantos cantan de igual forma en un acto religioso que en una comedia teatral. Finaliza la *Conversación* con una crítica a la religiosidad aparente, los falsos milagros y los malos hábitos de los parroquianos en las festividades sagradas.

La décima *Conversación* trata el tema de los loberos, los saludadores, las brujas, los encantos y los conjuros; al respecto, denuncia sus artimañas para engañar a los simples como ellos mismos. En esta *Conversación*, el Cura advierte a sus feligreses sobre las tretas y engaños de estos impostores y aconseja proceder como en otros lugares de Europa para eliminarlos. La *Conversación* oncenava gira en torno a las corridas de toros, que conviene preservar por

razones económicas, a pesar de que a él y a muchos otros no les gusten. Continúa describiéndonos magistralmente las características y diferencias entre los bueyes y las mulas para arar el terreno y concluye escribiendo sobre muy diversos temas como la medicina; en este caso, critica la prescripción médica por demasía, se repasan algunas disputas entre médicos con distinta opinión y se atiende al lado positivo del vino, consideradas sus innegables virtudes curativas. También se tratan, aunque de pasada, temas como el de la astrología, en España y en el resto del mundo, y la influencia de la naturaleza en la persona.

La duodécima *Conversación* vuelve sobre la materia médica con el objeto, esta vez, de ilustrar al Cirujano. A través del Cura, Bejarano indica cómo deben ser los médicos y los cirujanos, al tiempo que previene de un uso excesivo de las sangrías, de las malas traducciones de los libros médicos o del uso de la química de forma desmedida y errática; a ello se añaden noticias de gran interés sobre la rabia, la epilepsia, la viruela o la gota. La *Conversación* décima tercera y décima cuarta continúan con el asunto previo. En este caso se examinan, mediante una extensa casuística, diversas formas de practicar la cesárea y administrar el bautismo.

Concluye el segundo tomo, con una *Conversación* de tema muy diverso, pues continúa con la casuística en la administración del bautismo, mezclada con recomendaciones contra quienes maldicen, unas digresiones sobre la esencia de la verdadera nobleza y sus teorías sobre la técnica del sermón, una magnífica *ars praedicandi* dieciochesca. A Bejarano, sólo le resta decir que admitirá cualquier corrección que venga de parte de quienes más saben, particularmente de otros hombres de religión.

Como he adelantado, el género cultivado por Bejarano no puede ser más linajudo, pues hunde sus raíces en la Antigüedad clásica, pues nos lleva hasta Aulo Gelio. En la media distancia, hay que prestar atención a la prosa de ideas del siglo XVI¹¹⁹, en latín y romance, entre libros de viajes y misceláneas, en silvas y jardines o abecedarios; entre sus cultivadores, abunda el reformista o filoreformista o, sin más, el escritor con voluntad divulgadora y formativa. En forma de breve ensayo o de extensa miscelánea, nos hallamos en el ámbito de lo que Montaigne llama *Essais*.¹²⁰

Son varios los nombres que se vienen a la memoria, entre ellos los de varios erasmistas de renombre, en calidad de autores (y glosadores, como en el caso de Andrés Laguna) o de

¹¹⁹ Rallo Gruss, *La prosa didáctica en el siglo XVI*, p.11.

¹²⁰ *Ibidem*.

traductores (como Francisco Tamara, introductor de Polidoro Virgilio en España); de ellos, no obstante, lo sabemos todo gracias a Marcel Bataillon y su “Biblia del Hispanismo”. Me quedará con un nombre, el del célebre Pedro Mexía (1497-1551), autor de *Coloquios*, *Coloquio de convite o Diálogo de los médicos*, aunque más que por nada conocido por un verdadero *best-seller*: su *Silva de varia lección*.

En el siglo XVII, hay nombres como los de Saavedra Fajardo o, sobre todo, Baltasar Gracián que representan una continuidad en la prosa de ideas, con un afán moralizante y un toque de ensayismo enciclopédico que se echa de ver de inmediato; sin embargo, es el siglo XVIII el que más claramente sigue la estela quinientista, como ha señalado Pedro Aullón de Haro. En este caso, las diferencias esenciales respecto del siglo previo son: *la reordenación de las prosas no artísticas, la disolución de la gran escolástica y exegetica, la relegación de la lengua latina en lo tocante al pensamiento científico, la formación de actitudes lingüísticas presididas(...) por la claridad y precisión y la preeminencia didáctica y el uso de la sátira y la crítica con un fin utilitarista.*¹²¹

Muchas son las figuras que destacan a lo largo del siglo XVIII español en lo que se refiere al género ensayístico; sin embargo, hay un gran nombre: el de Benito Jerónimo Feijoo, a quien Azorín considera el *generador de la prosa moderna*. Su extensa obra, prueba de su saber enciclopédico, representa, *desde el punto de vista del género, el más perfecto lugar de cruce entre concepción enciclopédica y ensayo en las letras españolas...*¹²² Su obra, *Teatro Crítico Universal*, junto con *Cartas eruditas y curiosas*, es muestra de la concepción enciclopédica que *radica en el intento aproximado de totalización de conocimientos mediante el tratamiento de las más diversas materias... y parejamente el propósito actualizador y utilitario que a toda realización de este tipo de ordinario acompaña.*¹²³ En él hay que buscar no sólo el modelo próximo sino el verdadero modelo de otros tantos escritores del siglo XVIII, particularmente la de nuestro Jacinto Bejarano Galavís y Nidos.

En lo que al uso del diálogo se refiere, de nuevo cabe hablar de modelos clásicos, de modelos áureos (una vez más, con especial importancia en medios erasmistas) y de modelos dieciochescos. En este sentido, el camino que nos lleva hasta *Sentimientos patrióticos* se antoja diáfano. Como en sus modelos (y de nuevo hay que poner el énfasis que merece en Feijoo), Bejarano se sirve de sus personajes para, desde ángulos opuestos, aproximarse a

¹²¹ Aullón de Haro, *Los géneros ensayísticos en el siglo XVIII*, p. 13.

¹²² Aullón de Haro, *op. cit.*, p. 25.

¹²³ *Ibidem*, pp. 25-26.

conceptos como el de lo verdadero (cuando es posible determinarlo categóricamente y sin ambages), lo razonable o lo recomendable. En esto último, en la voluntad admonitoria de *Sentimientos patrióticos*, hay que hacer hincapié: en una crítica de costumbres que, desde una óptica religiosa o civil, persigue transformar los hábitos de la población española, particularmente la rural, del mismo modo que otros (y pienso en José Cadalso) atienden en especial a los miembros de las clases acomodadas, sobre todo los más jóvenes.

Como buen enciclopedista, como, me atrevo a decir, *novator* que es, trata nuestro autor con sus feligreses de muy diversos temas, resaltando su saber y su conocimiento en ámbitos tan variados como la química, la astrología, la medicina, la literatura, la filosofía y la metafísica. Todo ofrece una sensación de *selva*, de desorden, pero a su vez, conforma un libro cerrado que, con mayor o menor acierto, nos transmite pensamientos e ideas de su tiempo.

La transcripción del texto corre paralela a este estudio, que en ningún caso debe considerarse como un prólogo sino como algo independiente: en él doy cuenta del modo en que, desde Dolores Franco a sus primeras fuentes quinientistas, y desde Azorín al Bejarano que lo inspira, hay hitos culturales y retos verdaderamente atractivos para el estudioso de diferentes especialidades. Desde nuestra particular óptica, hay dos de gran calado e importancia: la edición de *Sentimientos patrióticos*, uno de los grandes títulos de nuestra literatura dieciochesca, y el estudio (tal vez, de nuevo, la edición) de *Un pueblecito: Riofrío de Ávila*, tarea ésta para la que yo misma me siento emplazada. Como ven, todavía queda un largo camino por recorrer.

Bibliografía

AULLÓN DE HARO, PEDRO. *Los géneros ensayísticos en el siglo XVIII*. Madrid, Taurus, 1987.

AZORÍN. *Castilla*. Ed. Edward Inman Fox. Madrid, Espasa-Calpe, 2006.

—. *España*. Ed. José Manuel Vidal Ortuño. Madrid, Biblioteca Nueva, 2010.

—. *Las confesiones de un pequeño filósofo*. Ed. José María Martínez Cachero. Madrid, Espasa-Calpe, 2007.

—. *Los valores literarios*. Madrid, Renacimiento, 1913.

—. *Un pueblecito: Riofrío de Ávila*. Madrid, Espasa-Calpe, 1968.

—. *Una hora de España*. Ed. José Montero Padilla. Madrid, Castalia, 1993.

BAROJA, PÍO. *Rapsodias*: «La formación psicológica de un escritor». Discurso de ingreso en la Academia Española. Caro Raggio, 1936, pp. 79-84.

BEJARANO GALAVÍS y NIDOS, JACINTO. *Sentimientos patrióticos o conversaciones cristianas que un cura de aldea, verdadero amigo del país, inspira a sus feligreses. Se tienen los coloquios al fuego de la chimenea en las noches de invierno. Los interlocutores son el Cura, Sacristán, Procurador y el Tío Cacharro*. Madrid, Imprenta Real, 1791.

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA. BNE.

URL:<<http://catalogo.bne.es/uhtbin/cgisirsi/Q7iLbqVObC/BNMADRID/293845832/9>>:
"Jacinto Bejarano Galavís".

BRITISH LIBRARY. British Library Catalogue.

URL:<[http://explore.bl.uk/primo_library/libweb/action/search.do?dscnt=0&vl\(174399379UI0\)=any&frbg=&scp.scps=scope%3A%28BLCONTENT%29&tab=local_tab&dstmp=1326813711839&srt=rank&ct=search&mode=Basic&dum=true&tb=t&indx=1&vl\(freeText0\)=Sentimiento+s+patrióticos&vid=BLVU1&fn=search](http://explore.bl.uk/primo_library/libweb/action/search.do?dscnt=0&vl(174399379UI0)=any&frbg=&scp.scps=scope%3A%28BLCONTENT%29&tab=local_tab&dstmp=1326813711839&srt=rank&ct=search&mode=Basic&dum=true&tb=t&indx=1&vl(freeText0)=Sentimiento+s+patrióticos&vid=BLVU1&fn=search)>.

CARVAJAL, LUÍS ENRIQUE OTERO. *Historia de España*. UCM

URL:<<http://www.ucm.es/info/hcontemp/leoc/historia%20spain.htm>>.

DARDÉ, CARLOS. «La idea de España en los tomos de «La historia de España» dirigidos por Ramón Menéndez Pidal, 1935-1980» *Norba. Revista Histórica*, 19 (2006), pp 205-218.

DOMÍNGUEZ, MARÍA EUGENIA. «Larra y la Generación del 98» *RIUV* (1964), pp. 443-457.

FRANCO, DOLORES. *España como preocupación*. Madrid, Adán, Argos Vergara, Alianza Editorial, 1944, 1980, 1998 respectivamente.

FUNDACIÓN GONZÁLEZ BARTHÉLEMY. *La guerra de la Independencia 1808-1814*.

URL: <<http://www.1808-1814.org/frames/framresu.html>>: cap VIII: «José Bonaparte, Rey de España».

JUARISTI, JON. «Olivar» *ABC*, 5 de JUNIO de 2005, p. 6.

INSTITUTO FEIJOO DEL SIGLO XVIII.

URL: <http://www.ifesxviii.es/catalogo_biblioteca.php>: "Sentimientos patrióticos".

LAÍN ENTRALGO, PEDRO. *España como problema*. Madrid, Aguilar, 1962.

—. *La generación del 98*. Madrid, Espasa Calpe, 1997.

LARRA, MARIANO JOSÉ DE. *Obras completas de Fígaro*. Vol. I. París, Baudry Librería Europea, 1857.

—. *Obras completas de Fígaro*. Vol. II. París, Baudry Librería Europea, 1866.

LARRINAGA RODRÍGUEZ, CARLOS. «El paisaje nacional y los literatos del 98: El caso de Azorín» *Lurralde: Investigación y espacio* 25 (2002), pp. 183-196.

MACHADO, ANTONIO. *Campos de Castilla*. 18 de 02 de 2011. [WIKISOURCE](http://es.wikisource.org/wiki/Campos_de_Castilla).

URL:<http://es.wikisource.org/wiki/Campos_de_Castilla>.

MAEZTU, RAMIRO DE. *Defensa de la hispanidad*. Ed. Federico Suárez. Madrid, Rialp, 2001.

MARTÍNEZ RUIZ, JOSÉ (AZORÍN). *Al margen de los clásicos*. Ed. Santiago Riopérez y Milá. Madrid, Biblioteca Nueva, 2005.

ORTEGA Y GASSET, JOSÉ. [Biblioteca Virtual de José Ortega y Gasset](http://idd00qaa.eresmas.net/ortega/biblio/biblio.htm).

URL:<<http://idd00qaa.eresmas.net/ortega/biblio/biblio.htm>>: *El Espectador II*: cap:«Primores de lo vulgar».

PÉREZ, JOSEPH. *La leyenda negra*. Trad. Carlos Manzano. Madrid, Gadir, 2010.

RALLO GRUSS, ASUNCIÓN. *La prosa didáctica en el siglo XVI*. Madrid, Taurus, 1987.

—. *La prosa didáctica en el siglo XVII*. Madrid, Taurus, 1988.

SANCHO SÁEZ, ALFONSO. «La poesía en Azorín» *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses* 141 (1990), pp. 95-118.

J. SENDER, RAMÓN. [Luces de Bohemia como la estética del esperpento...](http://www.google.com/search?client=safari&rls=en&q=%22Luces+de+Bohemia+com+o+la+estética+del+esperpento%22&ie=UTF-8&oe=UTF-8)

URL:<<http://www.google.com/search?client=safari&rls=en&q=%22Luces+de+Bohemia+com+o+la+estética+del+esperpento%22&ie=UTF-8&oe=UTF-8>>.

UNAMUNO, MIGUEL DE. *En torno al casticismo*. Ed. Luciano González Egido. Madrid, Espasa Calpe, 1991.

—. *Niebla*. Ed. Armando F. Zubizarreta. Madrid, Castalia, 1995.

VARELA, JOSE LUÍS. *Larra y España*. Madrid, Espasa Calpe, 1983.